

# **EL ATAQUE DE LOS ECONOMISTAS DE QUINCE METROS**

**Una novela absurdista sobre  
economía por el Hombre  
Santo, Profeta, Capitán de  
Ballenero, Autor del Quijote y  
Licenciado en Diseño Gráfico**

**Lucas Paletta**

## Parte I: La rama disidente de la Escuela de Lisboa

### Capítulo primero

Empecé a trabajar para el famoso economista Leónidas Acuña tras salir de la cárcel por un crimen que no cometí. No fui yo quien mató al vigilante de un palazo en la cabeza. Tampoco la que se robó el auto del Intendente aprovechando que inspeccionaba la cárcel para cuando descubrieran su inmensa red de corrupción y tuviera que habitarla. La que hizo eso (el asesinato del guardia, el GTA y descubrir la red de corrupción) fue Maggie, otra presa más inteligente e idealista que yo, que se estaba escapando al mismo tiempo. Yo simplemente me metí en el baúl cuando ella no estaba mirando y viví una semana ahí dentro hasta que se le ocurrió abrirlo para buscar la rueda de auxilio, porque los matones del Intendente habían pinchado de un balazo la que estaba usando para escaparse de ellos. Claro que para ese entonces yo ya me había comido la mitad de dicha rueda de auxilio para sobrevivir. Y tomado la mitad del bidón de nafta, y comido la mitad de la pelota de fútbol del hijo del Intendente a modo de postre. Más tarde, en el juicio, se diría que sobrevivir a base de caucho, nafta y cuero me había estupidizado el cerebro. También se hablaría de la oscuridad del baúl o que la pelota era de Racing, pero yo sabía que mi cerebro ya era estúpido de mucho antes. Mis co-convictas me lo recordaban todo el tiempo.

-¡Estúpida! -me gritó Maggie-. ¡Me hubieses dicho que estabas acá! ¡Te comiste la mitad de la rueda!

-Te dejo la otra mitad, no te preocupes -le dije-. Me estoy cuidando.

Admito que los años de cárcel me habían hecho perder un poco la línea. Lejos de obsesionarse con eso, las convictas generalmente se mantienen en forma de modos naturales. Haciendo ejercicio, fumando cigarrillos traficados o peleándose con los guardias. A mí los guardias me dormían del primer batacazo, me robaban los cigarrillos y como estaba inconsciente no podía hacer ejercicio. Además, dado que pasaba tanto tiempo inconsciente, siempre llegaba tarde para la comida y me quedaba nada más que el postre, que era una bola de grasa de un animal indeterminado con algo que probablemente era jarabe. Muchas de esas bolas, en realidad, porque a nadie le atraían demasiado por el hecho de ser repugnantes, y tendían a sobrar. Pero a Maggie no le importaba ni eso, ni los sentimientos del hijo del Intendente por perder su pelota, o el creciente precio de la nafta que me había tomado. Sólo quería escapar, y los matones se estaban acercando. Sacó dos revólveres del escote y me dio uno de ellos.

-Tenés que ayudarme a pelear -dijo-. Si nos atrapan estamos perdidas.

-No sé, yo...

"Soy muy cobarde", quise decir. Pero me interrumpieron los primeros disparos del enemigo, y nos refugiarnos detrás del auto con la esperanza que sirviera como barricada. Miré por el espejito y vi a los matones del Intendente corriendo hacia nosotras. Doce hombres armados de aspecto temible, y también de revólveres. El más temible de todos era Carlos, a quien conocía bien porque era mi ex-novio.

-Tu revólver tiene seis balas y el mío también -dijo Maggie-. No podemos errar un tiro o estamos muertas. ¿Estás conmigo?

Asentí con seguridad, nos dimos un abrazo, le apunté a Carlos y fallé. Por mucho. Varios metros. Ni siquiera le pegué al edificio que estaba atrás. O al cielo que estaba atrás de eso.

No sé donde terminó la bala. Tampoco se escuchó el impacto, solamente un silbido que fue perdiendo fuerza hasta desaparecer y transformarse en las pisadas de mi ex-novio y sus amigos en el asfalto. Entonces consideré mis opciones, y decidí dispararle a Maggie para salvarme. Ella no se lo esperaba, los matones del Intendente tampoco y resultaron ser de lo más comprensivos. Me dieron unos pesos y me agradecieron por la ayuda. Trajeron una nueva rueda de auxilio para el auto y mientras la cambiaba Carlos aprovechó que estábamos solos y me dijo que siempre pensaba en mí y que hace mucho quería invitarme a tomar un café, pero como estaba presa eso era medio complicado. ¡Hijo de puta! Yo sabía que estaba comprometido porque en la cárcel me había llegado la invitación para su casamiento con mi hermana. Por eso me había querido escapar. Quería patear la puerta de la Iglesia a último momento y gritar "Yo me opongo", y pegarles un tiro a cada uno. Y a mi mamá también, pero por otros motivos. Ella era la que me había denunciado en primer lugar, cuando se enteró de que quería matar a mi hermana y a mi ex novio, y por eso es que estaba presa. Y ahora este Carlos quería que vuelva con él para ser su amante clandestina. No señor. En la cárcel había aprendido muchas cosas, no solo a hacer tatuajes con los materiales menos nobles concebibles y un cunnilingus de la ostia. Cuando entré supe que quería estudiar para tener un futuro mejor que ser la amante de alguien de muy poca importancia, como fueron mi mamá y mi abuela antes que yo. Leer muchos libros para volverme sabia, y una mejor persona. No la horrible basura traidora que fui siempre. Por desgracia, los únicos libros que había en la cárcel eran de evangelistas o de economía, así que me volví una persona todavía peor. Sea por Dios y el Mercado.

Le dije a Carlos que se fuera a cagar y lo enfaticé con un tiro en la escápula y otro en la rodilla. Maldijo mi nombre y a toda mi estirpe, y le dije que no era stripper. Ya no más. Ahora sería una persona de bien. No que las strippers sean malas personas en general. La mayoría de las que conocí trabajaban duro para mantener a sus hijos o terminar la facultad. Hay un mensaje social ahí, pero yo no quería trabajar duro para encontrarlo. Ni trabajar duro para nada. Quería una vida fácil y cómoda, con muchos lujos. Y para eso necesitaba antes que nada dinero.

Usando mi educación económica, calculaba que si desguazaba el auto del Intendente y vendía las partes en la calle Warnes, sumado a la plata que me habían dado por traicionar a la que técnicamente era mi única amiga, y a lo que pudiera encontrar en los bolsillos de Carlos, podía tirar para algunos días de lujo y decadencia. ¿Pero después? Tenía que pensar racionalmente. Todas las ecuaciones matemáticas con las que un economista engatusa a sus clientes o al público en general están basadas en esa asunción. Que cualquiera, si nadie se lo impide con las armas o las leyes, elegiría el curso de acción que provee más de lo que quiere por la menor cantidad posible de recursos y esfuerzo. Es decir, la acción más razonable. Es esa bella simplicidad la que hace las ecuaciones posibles. Si uno fuera a admitir que la gente tiene motivaciones más complejas que la avaricia pura, habría que tomar en cuenta más factores, y quizás incluso aprender matemática de verdad, como la de los econofísicos. Por fortuna, esos son nada más que unos nardos que no saben nada de la vida y la avaricia egoísta me describe perfectamente, por lo que no hacía falta que aprenda nada. Las cuentas que hacía en mi cabeza en realidad se trataban principalmente de imaginarme nadando en una pila de monedas de oro como el tío Rico McPato. ¡Esa era la solución! Tenía que encontrar a un Rico McPato y pegármele como una garrapata parásita. No me importaba que fuera un personaje ficticio, la lógica dictaba que debía estar en el barrio porteño de Palermo. Ahí podía encontrar mucha gente pudiente y

también un gran lago lleno de patos. Sin embargo, ninguno de ellos supo decirme dónde estaba la bóveda llena de monedas de oro y su palmípedo dueño, porque tanto el lenguaje paposo de los pudientes como el patoso de los patos eran incomprensibles para mí. Empecé a enfrentarme a la terrible realización de que iba a tener que trabajar para vivir. Pero si debía hacerlo, tenía que ser en mis propios términos. Es decir términos muy sencillos, basados en violencia y delito.

Decidí gastar mis ahorros malhabidos publicando avisos en diversos diarios de tendencia gorila, y así fue como me contacté con Leónidas Acuña, el famoso economista que le grita a la gente en la radio.

En una breve entrevista telefónica me contrató como su guardaespaldas y mano derecha, porque había perdido la suya en un atentado contra su vida. Me citó personalmente en su oficina en la calle Humboldt. Para mi sorpresa, no usaba un garfio en su mano faltante, si no una prótesis bastante realista. Tampoco tenía un parche en el ojo o un loro mascota. No sé porque me imaginaba que iba a ser un pirata. Quizás porque una de cada cuatro o cinco palabras las tiraba en inglés. Cosas que no entendía como "downsizing", "merging project" o "prima noche". Luego entendí que eran eufemismos sexuales, y que más que contratarme quería explorar la posibilidad de acostarse conmigo. Le hablé sobre el desagrado visceral que me provocaba su apariencia física y las enfermedades venéreas que había contraído en la cárcel, y no volvió a mencionar el tema. Pasamos a la parte profesional que no involucraba sexo y me explicó que lo de los atentados contra su vida le ocurría con frecuencia. En un principio, por las proposiciones indecorosas que tras muy poco tiempo le hacía a todas las mujeres que conocía y no estuvieran directamente emparentadas con él por sangre. Por otra parte, el éxito de sus clientes significaba invariablemente la ruina de otra persona, y esa persona invariablemente buscaba venganza. Y lo iban a buscar a él porque los clientes que lo habían contratado para incrementar sus fortunas a costa de otros usaban parte de esas fortunas para contratar guardaespaldas que dificultaban la ejecución de las venganzas por parte de los injuriados. Menos mal que no estudié derecho. Me pegaba un tiro si tenía que hablar siempre así.

-Entonces pensé -continuó el economista-. ¿Por qué yo no tengo guardaespaldas? Yo también tengo mucho dinero. Y ahí fue cuando vi tu anuncio diciendo que no tenías piedad ni escrúpulos para ejercer violencia.

-Efectivamente, no los tengo.

-Extraordinario. Sin embargo, ahora que te veo bien, pienso que los guardaespaldas suelen ser hombres grandes y temibles, como los doce que siguen al Intendente a todas partes.

-Once.

-¿Siempre fueron once?

-Sí.

-Huh, uno diría que como economista debería saber contar. En fin, suelen ser hombres grandes y temibles y veo que vos tenes el inconveniente de ser una mujer de un metro cincuenta.

Le pateé las canillas para demostrarle mi fuerza y las ventajas de mi tamaño, y mientras se retorció de dolor en el piso le conté la historia de cómo conseguí el revólver de Maggie, y cómo podía usar alguna de las dos balas que le quedaban o para protegerlo o para que no hiciera falta que lo protejan nunca más.

-Porque si estás muerto no hace falta que te protejan -aclaré, por si el dolor en sus canillas había evitado que me entendiera, o si empezaba a pensar en quién iba a evitar que

vandalizaran su tumba. Yo no, porque si estaba muerto no podía pagarme para hacerlo. Podía simplemente agarrar la plata que dejó para tal fin en un sobre en su escritorio y viajar a Cancún con ella sin que pudiera decirme nada, porque estaba muerto. Me dijo que por favor deje de hablar de su muerte, que estaba contratada.

-Muchas gracias por esta oportunidad -le dije, agradeciendo con sinceridad por primera vez en mucho tiempo-. Le prometo que mientras trabaje para usted haré todo lo posible para protegerlo de mi misma.

Pareció muy satisfecho con aquel arreglo, siempre y cuando además lo protegiera de otras personas que también quisieran dañarlo luego de que les hiciera alguna cosa inmoral.

Insistió en aquel punto, ya que era el motivo por el que me había convocado. A esta altura, yo lo veía como una obligación accesoria.

-Para eso voy a necesitar un aumento -dije, recordando mis lecturas de economía. Friedrich Hayek decía que era importante señalar con vehemencia que uno quiere un aumento. Si no, la probabilidad de que éste sea otorgado es prácticamente cero. Tenía un gráfico y todo, por el que le dieron el premio Nobel de economía. Más allá de la creencia popular, resulta que no es muy difícil ganar el premio Nobel de economía, seguramente porque la economía no es una disciplina muy difícil. Y aunque Leónidas Acuña no había estado ni cerca de ganar ese premio ni ningún otro, ni era exactamente Rico McPato, sí hablaba en un lenguaje que yo podía entender: el del dinero. Con aumento y todo iba a pagarme muy poco, me advirtió, pero me iba a enseñar a invertir para multiplicar ese magro ingreso a lo largo del tiempo. Le hice caso, y compré acciones de la agencia de economía Leónidas Acuña, que estaban a la baja hacía bastante y algo me decían que estaban por dispararse en cualquier momento.

-Es decir que ahora soy técnicamente tu jefa, ¿No? -le dije tras comprar las acciones.

-No, para nada. Más bien todo lo contrario. Si muero o tengo que huir a un país limítrofe esas acciones van a valer todavía menos que antes, así que más vale que me protejas.

-Ufa.

## Capítulo segundo

Proteger a Leónidas Acuña resultó ser considerablemente fácil. Una vez que se corrió la bola de lo que le había hecho yo al primer infeliz que quiso vengarse de él, pocos volvieron a intentarlo. Y a esos pocos les fue peor, desincentivando aún más a subsiguientes atacantes. Por eso decimos que los incentivos son muy importantes en economía. Luego no pasó mucho tiempo hasta que Leónidas Acuña comenzara a sentirse invulnerable. Iba a la radio a hablar de economía y me enviaba contra el primero que se atreviera a hacerle una pregunta que no le gustara o cuestionara un punto que él hubiese hecho. En el camino estacionaba en cualquier lado y cruzaba la calle sin mirar, provocando toda clase de accidentes de tránsito, sabiendo que yo le iba a romper la cabeza a cualquiera que se le ocurriera ponerle una multa o iniciarle un juicio. También dejó de reenviar las cadenas que le llegaban por mail, pero eso porque le dije que si me mandaba otra cadena al mail le rompía la cabeza. Entonces la sensación de invulnerabilidad se le subió a la misma y quiso despedirme, ofendido por mi supuesta insolencia. Su argumento era que ya no necesitaba protección, porque todo el mundo le tenía demasiado miedo. Le recordé que yo no le tenía miedo y que de hecho sabía con un nivel de certeza que envidiaría un matemático que era un hombre extremadamente débil y cobarde. Además, que si me despedía no quedaba nadie para protegerlo de mí. Enfaticé este punto sacándole la mano postiza y usándola para hacerle coscorriones.

Admitió que tenía razón, y aproveché la oportunidad para pedirle otro aumento de sueldo y una provisión de balas nuevas para el revólver. Friedrich Hayek hubiese estado orgulloso. Me concedió el aumento y las balas con la condición de que comenzara a actuar como su secretaria y le devolviera la mano. Ahí desconfié. No porque quisiera quedarme con su mano y usarla, por ejemplo, para rascarme la espalda. O si llegaba a perder la mía. Sino porque es bien sabido que en cualquier empresa pública o privada las secretarias terminan haciendo todo el trabajo real. De hecho, es bastante probable que la mayoría de los planos y documentos más importantes de la historia de los hombres importantes hayan sido craneados en su totalidad por sus secretarias, mientras ellos jugaban al golf o tenían sexo con ellas aprovechándose de su posición de poder.

Leónidas Acuña me aseguró que ya había desistido de esto último y que en realidad no había trabajo que hacer o, llegado el caso, que derivarle a una secretaria. La mayoría de la asesoría económica que proveía su agencia era explicar siempre los mismos dos gráficos universales: uno con una línea que iba para abajo y otro con una línea que iba para arriba. El primero representaba el estado de la empresa o tesoro público antes de contratarlo y el segundo como iba a quedar después de aplicar sus sugerencias de subir las rentas y bajar los salarios. Todo eso era muy complicado para mí, y le pregunté directamente para que necesitaba una secretaria que no tenía que ocuparse secretamente de ninguna cosa.

-Para lo mismo que le digo a todo el mundo que fui a Harvard, claro -dijo-. Para parecer más importante de lo que soy.

¿Poder y Vanidad? Eso es algo que podía entender. Me gustó la idea de las secretarias.

-¿Puedo tener una secretaria yo también? -pregunté-. Una que se vista muy, muy provocativa.

-Me parece justo, pero no sé si podríamos pagarla. Habrá que consultarlo con la junta de accionistas.

-¡Ay, esa soy yo! -exclamé, y acto seguido hice una pausa para pensar en la secretaria vestida de forma muy, muy provocativa-. Bueno, ya me junté conmigo misma. Creo que donde hay una vanidad hay un derecho. Por lo tanto, es sumamente vital para el correcto funcionamiento de esta empresa que yo tenga una secretaria.

-No se diga más -sentenció Leónidas Acuña, y me empezó a comunicar por señas cómo había que hacer para conseguir la nueva secretaria. Tardamos unas tres horas en eso, pero porque me costaba mucho entenderle las señas, ya que no era mimo sino economista. Resulta que había una agencia en la otra cuadra.

El problema fue que al igual que yo ahora que tenía una secretaria, esta nueva secretaria tampoco tenía mucho que hacer. Solamente vestirse de forma provocativa y filtrar a la gente que quería hablar conmigo para poder hablar con Leónidas Acuña, que tampoco era tanta. Y como esta chica no tenía un revólver para entretenerse limpiando o disparando, se aburría mucho más rápido que yo. A la semana ya estaba aventurando la idea que quizás ella también tenía que tener una secretaria, vestida todavía más provocativamente que ella. Después de todo era la tercera persona con más antigüedad en la empresa. Le concedí ese punto, le propuse la idea a Leónidas Acuña y luego él me la propuso a mí como junta de accionistas. Contratamos la secretaria, pero anticipamos que esa secretaria iba a necesitar su propia secretaria para manejar la contratación de futuras secretarias para esas nuevas secretarias. Fuimos a hablar con el Intendente (o, mejor dicho, fue la última secretaria contratada) para pedir una deducción impositiva por estar generando tantos nuevos puestos de trabajo en la ciudad.

Cuando ésta nos fue dada, pudimos mover la oficina del monoambiente de Leónidas Acuña en la calle Humboldt a una de esas galerías chetas llenas de locales. Allí, cada secretaria podía tener su propio escritorio y no hacía falta que nos usemos las espaldas unas a otras para apoyarnos al momento de escribir. Leónidas Acuña estaba en el fondo, tras una puerta con su nombre. En la oficina de al lado estaba yo, limpiando o disparando el revólver varias veces por día y boludeando con el teléfono, y en los cincuenta metros que faltaban hasta la calle había toda una serie de secretarias vestidas cada una más provocativa que la anterior, pero menos que la siguiente. Cada vez que sacaba la cabeza de la oficina parecían estar muy ocupadas tecleando cosas o hablando por teléfono. No se muy bien en que se ocupaban exactamente, ya que no habíamos tenido un cliente nuevo en casi un mes, desde que una asociación de mujeres emitió un comunicado repudiando la agencia Leónidas Acuña por ser extremadamente sexista. El único caso real fue cuando nos contrató una fábrica de esas afeitadoras rosas que inexplicablemente valen más que las afeitadoras azules y duplicamos sus ganancias devaluando la moneda del país un 50%.

Aunque yo no tuviera mucho que hacer tampoco, mis ojos no me engañaban. Sacaba la cabeza y había cientos de secretarias semidesnudas trabajando sin parar. Un día la curiosidad pudo más que el instinto de autopreservación que dictaba que me callara y siguiera cobrando mi sueldo por no hacer nada y le pregunté a Leónidas Acuña que diablos hacían todas esas mujeres. Me contestó que él tampoco tenía idea que estaban haciendo, pero resolvió que si la junta de accionistas consentía pagarle los sueldos a tanta gente, era porque algo útil debían estar haciendo.

Una semana más tarde Leónidas Acuña me dijo que por favor mandara un mail a todas las demás para convocar a una reunión general y discutir un grave problema que estaba afrontando la empresa: los números en rojo desde hacía meses. Entonces le dije a mi



secretaria que mandara el mail, ella a la suya y todo así hasta que realmente no hacía falta mandar el mail, aunque lo hicimos de todas formas.

En la reunión, el economista dijo que los accionistas estaban preocupados y yo concordé con la cabeza. Su Power Point también hizo mucho énfasis en que era importantísimo que la economía de una agencia de economistas debería funcionar. Si no perdía toda credibilidad ante los clientes.

-Perdón, pero no veo cómo esto nos concierne -dijo una de las secretarias-. Nosotras somos simples secretarias. No podemos resolver ese problema.

-O más bien podríamos, pero no nos interesa, ya que no participamos en las ganancias de la empresa -aclaró otra.

-La empresa no tiene ganancias -dijo Leónidas Acuña.

-¿Pero si las tuviera participaríamos?

-No.

Una tercera levantó la mano.

-A mi me gustaría que suban la calefacción. Me gusta vestirme provocativamente, pero también me da mucho frío.

-No tenemos plata para subir la calefacción -intervine-. De hecho, la van a cortar mañana.

-Entonces propongo que la oficina se mude a una provincia más cálida. O, en su defecto, al interior de un volcán activo.

-¡Esa es la solución!

-¿Mudarnos a un volcán activo? ¿Hay de esos en Argentina?

-Hay treinta y siete -dijo una de las chicas, que había aprovechado su tiempo libre para estudiar geología-. Pero son todos propiedad de Benetton.

-Bueno, pero también hay otras provincias más cálidas a las que podríamos mudarnos a buscar trabajo.

A continuación se discutió la posibilidad de que realmente hubiera otras provincias en Argentina además de Buenos Aires, cálidas o no. Ninguna de nosotras sabía mucho del tema y Leónidas Acuña mucho menos, pero en ese momento llegó a la oficina un cliente nuevo, proveniente de una de esas provincias. Resultó ser Curcio del Estero von Habsburg, el gobernador de Gustavo del Estero.

-Esa no es una provincia de verdad -se quejó la geóloga-. ¿No será Santiago del Estero?

-No señorita -dijo el gobernador-. Gustavo del Estero era el primo hermano de Santiago. Le dieron su propia provincia como recompensa por ser particularmente violento con los indios chagalifayos.

-¿Y por qué no aparece en ningún mapa?

-Es que la perdió jugando al Tresillo con un príncipe del Imperio Austro-Húngaro. Pero como ese Imperio dejó de existir después de la Primera Guerra Mundial, la provincia quedó en un vacío legal hasta que los actuales Austria y Hungría diriman la cuestión. Gustavo del Estero no posee prácticamente recursos naturales, y de hecho posee poca cosa que no sean problemas económicos y basura que tiene que importar. Entonces se la patean el uno al otro y mientras tanto gobierna mi familia, que somos descendientes de una dama que fue amante tanto de Gustavo del Estero como del príncipe austrohúngaro.

-Me gusta eso de las amantes y los problemas económicos -dijo Leónidas Acuña-. Supongo que eso es lo que quiere que mi agencia resuelva, ¿No es verdad?

-Correcto, señor.

-Muy bien, pase por mi oficina. Le advierto que cobramos caro.



-Eso me tiene sin cuidado. Aunque cobrara barato no tengo dinero real para pagarle.  
Esperé a que cerraran la puerta y que las secretarias volvieran a no trabajar para apoyar la oreja y así escuchar todo lo que pasaba del otro lado de la puerta de vidrio.

### Capítulo tercero

Alguien sin conocimientos de economía esperaría que ahora Curcio del Estero von Habsburg explicara en qué consistían exactamente los problemas económicos que agobiaban a su provincia y que mi jefe o subordinado desarrollara un plan de por lo menos once puntos para solucionarlos. Ahora, todos los economistas trabajan en base a diferentes modelos y pertenecen a diferentes escuelas. Ya hablé de los econofísicos, los nerds que calculan muy bien pero no saben qué carajo están calculando, pero más importantes son los neoclásicos, la mayoría absoluta. Además de ser horribles en matemática, los neoclásicos se caracterizan por estar obsesionados con el equilibrio, como Jedis con traje en vez de batón. La escuela que les sigue es la de los keynesianos, que son los que dicen que mientras todo se esté moviendo y nadie sepa que carajo va a pasar estamos bien. Un poco más en el margen están los austríacos, que son como neoclásicos pero que vieron Mad Max y les encantó, y los marxistas, que son como los enanos del Señor de los Anillos en el sentido que tienen todos barba, incluso las mujeres, y les encanta pelearse entre ellos. Y en todas las escuelas, aún los que parece que están de acuerdo en todo introducen modificaciones arbitrarias en sus modelos para justificar su existencia. Leónidas Acuña pertenecía a una rama disidente de la escuela de Lisboa, que había fundado él mismo durante unas vacaciones en Lisboa, y no necesitaba ni explicaciones ni modelos que ocuparan más de una oración breve en ser explicados.

-Mire gobernador -dijo-. Todos los problemas económicos son causados de una forma u otra por la falta de plata. Así que lo que tiene que hacer sencillamente es conseguir más de algún lado. ¡Federica!

Esa soy yo, Federica Succì. No lo había aclarado hasta ahora porque nunca hizo falta, y porque técnicamente la policía me sigue buscando. Entonces no es que puedo andar revelando mi identidad a cualquiera. Solo a gente turbia como Leónidas Acuña, que tiene sus propios motivos para no interactuar con la policía. Además Federica Succì no es mi nombre real. Es un homenaje al Reid Duke argentino. Lo que pasa es que mi nombre de nacimiento puede dar mucho lugar a confusiones, dado que es Mirtha Legrand.

-¡Federica! ¿Estás ahí?

Despegué la oreja de la puerta y entré a la oficina.

-¿Sí?

-Vení un momento por favor.

-Ya estoy acá.

-Extraordinario. Señor gobernador, dele sus datos a mi secretaria y ella le enviará la factura. Usted estuvo aquí cinco minutos, lo cual vale cincuenta mil dólares. Mis honorarios serían exactamente el doble, por la logística y la absurda cantidad de secretarías que tengo.

-Espere, ¿No va a decirme de dónde puedo conseguir ese dinero que necesito para solucionar mis problemas? Digo, los de mi provincia.

-No creo que eso caiga dentro de mi *field of expertise*. Verá gobernador, la economía es una ciencia puramente teórica.

-Acordate de lo que dijo el abogado de Harvard -le dije a Leónidas Acuña.

-Es verdad, siempre me olvido de eso. Mi abogado Harvard me obliga a aclarar que más allá de lo que yo diga, la economía en realidad no es una ciencia.

-¿Y qué es? -preguntó Curcio del Estero Von Habsburg-. Mire que si no consigo plata no le puedo pagar, eh.

-Bueno, eso es un problema. Ojalá me lo hubiera dicho antes de que le revelara los secretos de la prosperidad económica.

-Se lo dije.

-¿Ah sí? No le había prestado atención. Mire, generalmente el dinero viene de parientes acaudalados que se mueren. Así fue como yo conseguí el mío. ¿Su provincia no tiene un padre o una tía Inés que pueda morirse y dejarle su fortuna?

-No. Gustavia es ciudad hermana de Ndjamena, capital de Chad. Pero Chad es un país muy pobre, que además no nos llama hace meses.

-¿Y qué hay de la fortuna que supongo que Gustavo del Estero tenía en base a la cantidad de indios que mató?

-Tenía, pero la perdió jugando al Tresillo hace varios siglos. Desde entonces sobrevivimos mediante la impresión compulsiva de papel moneda, pero toda la población está de acuerdo que esos papeles ya no valen nada.

-Entonces va a tener que trabajar para mí para pagarme. Está de suerte, porque la recepcionista está buscando un secretario. Ella es una persona muy exigente y como tal exige que su secretario se vista de forma muy provocativa. Así que vaya a cambiarse, preséntese en la entrada y creo que en cien o ciento veinte meses su deuda estará saldada. ¿Qué le parece?

-Lo justo es lo justo -dijo el gobernador. Luego descubrimos que "lo justo es lo justo" había sido su lema de campaña, y lo repetía siempre que podía. Lo justo era que él por ser descendiente tanto del fundador de la provincia como de su acreedor debía de gobernar, y así sucedió cuando apresó a todos los que protestaron. Por desgracia, esa plataforma de justicia ciega, subjetiva y sordomuda no incluía nada acerca de eficiencia, disciplina o la más básica noción de competencia. Curcio del Estero von Habsburg resultó ser el peor secretario en la historia de la galaxia. Lo cual era bastante impresionante, dado que no tenía absolutamente nada para hacer. Ni siquiera su cuerpo semidesnudo servía como compensación para los males que causaba al desarrollo normal de los acontecimientos, dado que siempre había un objeto o mueble que inexplicablemente se interponía en la línea de visión allí donde Curcio fuera. Tras una larga cadena de quejas sucesivas de secretarías, Leónidas Acuña me citó en su oficina para discutir el asunto.

-¡Federica, tenemos que hacer algo! -me dijo-. Curcio del Estero von Habsburg nos está arruinando. Los números rojos se están volviendo de plasma. No puedo ver el resumen de contabilidad sin quedarme ciego por varios minutos.

-Tratamos de conseguirle un secretario que haga las cosas por él -dije-. Para que no las arruine, pero nadie en ninguna parte es lo suficientemente estúpido para tomar el puesto. Ni siquiera yo.

-Mercado mío. Para colmo su deuda crece cada vez más. No sé cómo hace, porque casi no le estoy cobrando intereses. Si no actuamos pronto se quedará en esta oficina para siempre.

-¿Querés que le pegue un tiro?

-Sí.

Fui a pegarle un tiro. Curcio del Estero von Habsburg estaba en su escritorio, tratando de apagar el fuego que se desató en su computadora cuando trató de instalar un firewall. Apunté y gatillé, pero no pasó nada. Gatillé varias veces más, pero mi fiel revólver solo

hacía click, click, click. Miré por el cañón y comprobé que estaba tapado por una especie de grasa parecida a la que había comido en la cárcel. Fui a quejarme con mi secretaria, a quién le había delegado la limpieza del revólver cuando empecé a sentirme demasiado importante como para limpiar cualquier cosa. La encontré grabando un podcast sobre historia romana con su propia secretaria. Resulta que tenían tan poco que hacer que habían empezado un podcast. Estaba interesante, así que las dejé terminar. ¡Quien diría que tantas de todas nuestras depravaciones vienen de los romanos! En fin, terminaron y agarré a mi secretaria del cogote y le dije que si no me explicaba por qué mi revólver no funcionaba la iba a arrojar a los leones. Dijo que ella no lo había limpiado, si no que le había delegado la tarea a su secretaria y compañera de podcast. Ella se había escondido abajo del escritorio y estaba grabando su testamento en el micrófono. La agarré del cogote también y tras un breve interrogatorio descubrí que el revólver había pasado por toda la cadena secretrial hasta llegar al gobernador de Gustavo del Estero. Y él era el que lo había limpiado. Con razón no funcionaba más.

Entonces hice algo que no había hecho en mucho tiempo: empecé a pensar. Y no solo fantasías narcisistas, sino ideas. Llegué incluso a operar con símbolos abstractos. Cuando me empezó a doler la cabeza, volví a la oficina de Leónidas Acuña.

-¿Está hecho? -me preguntó, mientras yo cerraba la puerta de vidrio para que nadie nos viera.

-Matarlo es imposible. Olvidate.

-Qué extraño, históricamente los gobernadores son fáciles de matar.

-Es que mi revólver ya no funciona. Pero la respuesta es clara. Tenemos que solucionar de verdad los problemas económicos de la provincia de Gustavo del Estero.

-¿Cómo de verdad? -preguntó el economista-. Le dijimos que consiga más plata. ¿Qué más puede hacer una agencia de economistas?

Le confesé que al igual que él, yo también había leído algunos libros de economía en la cárcel, entonces tenía algunas sugerencias. Y que sí, sabía que había estado en la cárcel por estafa.

-¡Ah bueno! -exclamó Leónidas-. ¡Ahora resulta que son todos economistas! Mirá Federica, para ser economista no alcanza con haber ido a la cárcel o leído "libros". Hay que manejar conceptos muy complejos. Te voy a hacer una prueba. Decime, ¿Qué son los *landed granular brokers* en la bolsa estadounidense? ¿Y qué podés decirme acerca de las *leveraged mission-critical quotes* de la que tanto habla *The Economist*?

Primero pensé que otra vez me estaba tirando onda, pero como estaba muy serio y ofendido y no solo excitado simplemente inventé cualquier cosa y quedé bastante impresionado. Aproveché su pequeño estupor para proponer algunas de las soluciones que había estudiado, como subir la tasa de interés para reducir la demanda agregada y bajar los costos laborales a un nivel accesible al capital, y al mismo tiempo pedir un préstamo a un organismo rapaz del exterior para pretender durante un tiempo que está funcionando.

Leónidas Acuña tenía la boca abierta.

-¡Sos un prodigio! -exclamó-. ¡No entendí una palabra! Tengo que matarte para que nadie sepa que sabés más de economía que yo.

-Te recuerdo que la que tiene el revólver soy yo.

-Revólver que no funciona.

-Como garrote funciona. ¿Querés que te muestre?



-Lo justo es lo justo.

-No vuelva a decir eso enfrente de una economista.

-Bueno.

## Capítulo cuarto

El primer problema era que no teníamos plata para los pasajes. Solamente cincuenta pesos gustavianos de Gustavo del Estero que no valían en ninguna parte, ni siquiera en Gustavo del Estero. No daban confianza estética tampoco, ya que en lugar de un animal o un prócer tenían dibujado un basural lleno de cajas de pizza y botellas vacías.

Solucionamos lo de la plata yendo a la terminal de micros y empezando a quejarnos de que los micros eran peligrosos. Incluso incendiábamos algunos para probar nuestro punto y de paso llamar la atención de los medios. La gente en todas partes empezó a protestar y en menos de una semana las acciones de las empresas de transporte se desplomaron por el piso. Incluso las de empresas que no tenían nada que ver con micros de larga distancia, porque en este mundo parece que está todo conectado con alambre. En cualquier caso, era el golpe de suerte que queríamos inducir. Con la bolsa a la baja hay que comprar, ¿No? Pero si no teníamos plata para los pasajes, mucho menos para comprar acciones, por más bajo que cayeran. Lo que hicimos fue buscar entre las hordas de viejas que se habían quedado sin viaje a Las Toninas, alguna que quisiera aprender a invertir. A todas las viejas les gusta el dinero (porque a toda la gente en general le gusta el dinero, y las viejas se consideran gente y tratan de imitarla), así que teníamos más clientas de las que podíamos manejar y por primera vez en la vida la legión de secretarías de la agencia de economistas Leónidas Acuña sirvió para algo. Curiosamente les gustó tener algo que hacer, aunque este algo fuese rellenar formularios. Cualquier cosa es mejor que el vacío existencial que eventualmente le aparece en el corazón a cada empleado ocioso, aunque la burocracia inútil sólo por poco. Porque cuando uno abre una cuenta comitente (para comprar acciones) por ley le tienen que preguntar ciertas cosas personales para desarrollar un perfil de inversor. Más conservador, más arriesgado, demente sin riendas que va a arruinar la economía, etc. Después uno puede invertir en lo que quiera, haciendo que el test de inversor no sirva absolutamente para nada. Pero había que hacerlo porque si no venía la policía a pegarnos con sus garrotes. Mirá, ¿Quién diría que me volvería una economista comprometida con comentarios sociales y todo? Yo no, definitivamente. Mi amiga Maggie estaría orgullosa si no le hubiese disparado.

-¿Y usted por qué quiere invertir, señora? -les preguntábamos a las viejas, y contestaban cosas como que querían dejarle algo a los nietos o contribuir con la juventud emprendedora. Mi educación económica decía que esas respuestas eran todos autoengaños, cuidadosamente elaborados para señalar virtuosismo y así ganar la insípida valoración de cualquier testigo. Así que las secretarías tenían instrucciones de anotar "QUIERO PLATA LA PUTA MADRE. DENME PLATA GRATIS" en todas las respuestas, sin importar lo que diga la vieja. Nada más que la cruda verdad.

Leónidas Acuña salió de su oficina para probar sus nuevas muletas y eligió justo ese momento para chequear que estaba haciendo una secretaria al azar, seguramente envalentonado por alguna droga analgésica que se había diagnosticado a sí mismo. Para qué. Puso el grito en el cielo, quejándose que le estaban robando tiempo de la empresa para hacer cosas que nada que ver, que como se atrevían estas feminazis a contratar secretarías viejas, de dónde salieron todos esos grillos que caminan por el techo y por qué el gobernador, secretario o lo que fuese no estaba haciendo nada al respecto. A todas nos sorprendió, primero porque no había ningún grillo y nadie sobrio podía esperar que Curcio



del Estero Von Habsburg hiciera algo con cualquier nivel de efectividad. Y segundo porque hacía meses que nadie hacía nada remotamente relacionado con la empresa. Así que lo ignoramos, hasta que se desmayó sobre sus muletas, que lo mantuvieron en pie. Buenas muletas.

Pero la experiencia nos enseñó algo. Antes no sabíamos si realmente no se daba cuenta de que nadie estaba trabajando o si se hacía el estúpido a propósito para mantener una suerte de pax romana (¡Qué bueno que es el podcast de mi secretaria! Se los recomiendo a todos). Asumimos que no sabía nada, y teníamos razón, porque era un hombre bastante ignorante en general. Más que yo, decían las chicas a veces cuando creían que no las estaba escuchando. Pero sí las estaba escuchando, y anotaba sus nombres en una lista y ahora les mandaba a las viejas más solitarias que entre pregunta y pregunta pasaban horas hablándoles sobre sus gatos y la condición humana, en un vano intento de transmitir la sabiduría adquirida a lo largo de toda una vida a la generación siguiente. Sufran, secretarias traidoras, sufran. ¿Quién es la ignorante ahora?

Pequeño consejo inversor, que bien podría servir como un test de verdad y no esas giladas que te pregunta la Comisión de Valores. Nunca hay que invertir en las acciones más obvias. Hay que estar siempre un paso adelante del mercado, es decir de la gilada. Pequeño aparte, ¿Por qué piensan los economistas que hay que dejar la economía en manos de la mano invisible de la gilada? ¿Quién en su sano juicio dejaría cualquier cosa en manos de la gilada? Sería como dejar cualquier cosa en manos de Curcio del Estero Von Habsburg, que mientras hacía todo esto de las viejas mantenía atado y amordazado en un armario esperando el momento en que pudiéramos tomar un puto micro hacia su provincia. Bueno, la pregunta que tendría que ser el test de inversor: ¿En qué empresa conviene invertir para aprovechar el hundimiento comercial de los micros de larga distancia que dejó a tantos conductores sin trabajo, y capaces de dormir ocho horas seguidas por primera vez en sus agremiadas vidas? Otra crítica social, estoy a full hoy con eso.

En las empresas de micros seguro que no hay que poner un mango. Esas no se levantan más. La gilada se da cuenta de esto, y compra acciones de aerolíneas, pensando que la gente quiere viajar igual, y no le va a quedar otra que subirse a un avión más allá de sus temores primitivos a los pájaros y las nubes. Eso es típico pensamiento de gilada, que ignora varios factores fundamentales al tomar sus decisiones. Primero que los micros eran tanto o más caros que los pasajes de avión al mismo destino, solo que tardaban diez o veinte veces más y sufrían ciento cincuenta veces más accidentes. Si alguien tomaba uno de esos en vez del avión era porque no le quedaba otra, paralizada por sus temores irracionales a todo lo que se eleve sobre su cabeza. Segundo que todo el mundo trata de comprar acciones de aerolíneas porque, como dijo Leónidas Acuña en uno de sus escasos momentos de lucidez, *the gilada gonna gield*. Entonces las acciones suben hasta las nubes mucho antes que los propios aviones. Tercero y como demuestran los ganadores de la lotería y los herederos como Leónidas Acuña que inevitablemente se arruinan, la gente que gana plata que no merece está condenada a gastarla en pelotudeces. Y esto incluye a las empresas, que según la ley son gente. Esto sucede muy rápido, sin darle tiempo al inversor de deshacerse de sus acciones antes de que vuelvan a no valer nada.

No, el secreto es buscar una industria que tangencialmente se beneficie de la coyuntura, e invertir en ella. "Coyuntura" es una palabra que inventamos los economistas para parecer más inteligentes, y que las viejas crean las gansadas que les decimos. Tenemos muchas de esas. Lo curioso es que cada inversión modifica la coyuntura, y hay que mover la plata a la

nueva. De uniformes de azafatas a cursos de idiomas para azafatas a fábricas de idiomas. Siempre un paso adelante del mercado.

¿Y funcionó? Para mí, sí. ¿Para las viejas? No tengo idea. No seguí el progreso de las acciones. No tenían que subir realmente. Lo importante era que cambiaran de mano muchas veces así yo cobraba comisión tras comisión hasta que la plata de la vieja terminaba por acabarse. De hecho, estaba ganando tanta plata con esto de las finanzas que recordé que ese era mi objetivo principal en la vida. Ganar plata para tener una vida de lujos, no solucionar los problemas de una provincia de mierda que hasta hacía muy poco ni sabía que existía. O llenar las carteras apolijadas de las viejas, llegado el caso. El problema era que seguía siendo la dueña nominal de la agencia de economistas de Leónidas Acuña, agencia que lo único que hacía era perder dinero y recibir escraches de organizaciones de mujeres e intimaciones judiciales de la Comisión Nacional de Valores que había congelado todas mis cuentas. Nadie, por más estúpido que fuera, me iba a querer comprar la agencia. Legalmente estaba condenada. E ilegalmente también, porque mi hermana había aparecido en la oficina para vengarse de mí por pegarle dos tiros a su novio, y Curcio del Estero Von Habsburg (que se había escapado del armario donde lo había metido cuando recordó que él había instalado la puerta y por lo tanto se iba a caer al menor empujón) le había dicho que mi oficina era la última antes de llegar a la puerta de vidrio y que si quería podía esperarme allí. No podía volver. Mi única esperanza era huir a donde jamás pudieran encontrarme: Gustavo del Estero.

Por desgracia, mi única esperanza era también el siguiente problema: nadie sabía donde estaba Gustavo del Estero, ni siquiera su gobernador. Cada vez que se lo preguntaba me cambiaba de tema, como si ocultara algo. De repente quería saber cómo había formado Banfield en la final del campeonato de 1951 o cuantas pulgas hay en un metro. Quizás se refería a cuantas pulgadas hay en un metro o a cuantas pulgas es una pulgada o quizás solamente se hacía el boludo para distraerme. Aprendí muy rápido algo que a esa altura debía ya haber aprendido hacía bastante: que ese hombre no servía para nada más que para traer desgracias, al igual que su ancestro Gustavo.

Otra vez tenía que pensar a las corridas, porque mi hermana me estaba persiguiendo con mi propio revólver. Doblé una esquina y salté dentro de un contenedor de basura para esconderme. Mi hermana siguió de largo, seguramente asumiendo que el ruido de bolsas y botellas que se rompen es el mismo ruido que hago yo cuando corro de las balas. De todas formas, decidí quedarme ahí dentro por las dudas. Cuando a una están tratando de matarla, no se puede ser demasiado precavida. Y el olor y las cosas que chorreaban no me molestaban particularmente. Desde que salí de la cárcel estaba viviendo en la calle, porque me había olvidado de buscar otro lugar para vivir. La oficina no contaba, antes de vivir con Leónidas Acuña me pegaba un tiro sin necesidad de hermana.

Me acurruqué entre las bolsas y al rato me quedé dormida. Yo sé que a nadie le importan los sueños de los demás, pero esta es mi historia y mi sueño fue profético, así que lo voy a contar. Soñé que un camión levantaba el container y lo llevaba fuera de la ciudad, a través de conurbaciones cada vez menos densas y campos con vaquitas marrones y blancas. Al llegar a una frontera y luego otra el asfalto se terminaba y también los caminos de tierra. No sé de que era el camino, solo que se sacudía como si la grava y el pasto estuvieran enojados y con razón. El camión derrapaba en lugar de moverse o frenar. Cuando volcó con su carga, supe lo que tenía que hacer. O lo supe varias horas después, cuando me desperté con un chichón en la cabeza y varios moretones y cortes superficiales en todo el

cuerpo. Me saqué una cáscara de banana de la cara, me incorporé y el paisaje que veía era igual al del billete de 50 pesos de Gustavo del Estero: Un páramo desolado y gris salpicado de la basura más abyecta. Una pancarta enorme que decía "Bienvenido a Gustavo del Estero. Donde entrás si te perdés y salís si podés" y la cara del conductor del camión de basura despejaron cualquier duda que mi atontada mente pudiera tener.

## Capítulo quinto

-¡Curcio del Estero Von Habsburg! -exclamé. Ese era el conductor del camión.

-Como te va -me dijo, mientras me ayudaba a levantarme. Y entonces se me ocurrió que quizás no era tan incompetente como yo pensaba cuando lo veía fallar en la ejecución de las tareas más sencillas. Tenía que esperar a que estuviera sola para poder llevarme, lejos de secretarías o hermanas o sus acreedores. Sabía que no podía revelar a cualquiera la ubicación geográfica de su provincia. No sé por qué, pero tenía sentido que no pudiera. Entonces cuando salté al container de basura fue la oportunidad perfecta para llevarme a su tierra sin tener que decirme dónde estaba, así no podía volver a la ciudad del millón de chantas. O catorce millones, ya me olvidé cuántos tiene.

-No, en realidad no sabía que estabas ahí -admitió el gobernador cuando le expliqué su propio plan-. En realidad conseguí este trabajo de basurero para ver si podía juntar algo de gaita por la noche y así pagar mi deuda. Escuché que los basureros ganaban bien. Pero sabía que eso no podía ser cierto para alguien con un trabajo útil, y efectivamente no lo fue. Entre la nafta que me hacen pagar y todos los peajes que hay en el camino, en realidad salgo perdiendo plata. También pelo, por todos los desechos radiactivos. No quiero imaginarme si no hubiera tapado la patente y tuviera que pagar las multas.

-¿Cuántos peajes estamos hablando exactamente de acá a Buenos Aires? -pregunté, queriendo que crea que simpatizaba con su situación pero secretamente pensando en mi huida.

-Doscientos treinta y tres -dijo Curcio.

Mi billetera tenía una pelusa y una estampita de Milton Friedman. Eso me dejaba sin el plan B de todo economista de huir a un paraíso fiscal vía Buenos Aires. Al menos hasta que consiguiera un helicóptero que pudiera sobrevolar los peajes al ritmo de Flock of Seagulls. Pero viendo que el camión de basura estaba siendo tirado por caballos alazanes de dos cabezas, me di cuenta de que a la tecnología de la provincia le faltaban bastantes años para desarrollar maravillas como helicópteros, New Wave y paraísos fiscales.

Bueno, en algún punto tenía pensado solucionar legítimamente los problemas económicos de Gustavo del Estero. Cuatro o cinco planes absurdos atrás. Y este era tan buen momento como cualquiera, sobre todo teniendo en cuenta que no me quedaba otra alternativa.

También cuatro cinco planes absurdos atrás se me había ocurrido cómo solucionarlos, aunque ya no lo recordaba. Indudablemente debido a todos los golpes en la cabeza que había recibido. Lo único que recordaba era que todas las usuales medidas monetaristas habían fracasado, así que solo podíamos intentarlas dos o tres veces más como máximo.

Milton Friedman decía que la inflación es siempre y en todas partes un fenómeno monetario, pero eso es como decir que una puteada es siempre y en todas partes un fenómeno lingüístico. Puede que sea técnicamente verdad, pero no es muy útil.

Abandonamos a modo ritual el camión volcado y sin motor como si Cortés hubiera quemado sus naves ya hundidas y fuimos a caballo hasta Gustavia, la capital de la provincia.

Al otro día nos encontramos con una ciudad se parecía a Los Ángeles, pero como era en la serie del Zorro de Guy Williams. Es decir, era como un set de Disney. Solo había edificios de madera y adobe de un lado, y del otro era nada más que un galpón inmenso donde irían las cámaras y las luces si el estado provincial pudiera pagarlas. Tampoco podían pagar la remasterización a color, así que estábamos en blanco y negro. Lo tomé como una señal y

recordé las importantes lecciones que la serie me había dejado. Como por ejemplo "Si no puedes vestir la piel de leona, viste la de zorra", que no suena tan bien en femenino. Lo que entendía por la célebre frase de Don Diego de la Vega, (mi ídolo personal y modelo a seguir ahora que Milton Friedman me había fallado) era que no podía adoptar mi faz de economista. La gente del interior desconfía de los porteños y de los economistas porque lo único que hacen es tratarlos de ignorantes y estafarlos o asustarlos con el Pomberito. No podía dejar que descubrieran lo que verdaderamente pensaba de ellos o lo que planeaba hacerles, así que decidí fingir que era sordomuda. Otra importante lección que tomé de la serie para llevar a cabo mis investigaciones económicas.

Empecé a trabajar en la casa del gobernador como sirvienta, con la esperanza de escuchar los secretos de los ricos durante su fiesta de bienvenida, programada para esa misma noche. Esperaba encontrar indicios de altísimos impuestos para los hacendados, indígenas explotados como esclavos y apartados de sus familias y activistas encarcelados por disentir. Mi teoría era que podía bajar los impuestos y aún así aumentar la recaudación siempre y cuando creara nuevos impuestos más altos que los anteriores. Esperaba que me dieran el premio Nobel por esto que llamaba "robarle a los ricos para darle a los pobres a quienes también robaba".

Sin embargo, lo que descubrí mientras repartía copas de champagne y canapés entre los Estrategas de Interacciones Regionales y las Optimizadoras de Factores Web era que la provincia no tenía pobres. Lo cual me resultó muy extraño dado que se suponía que era una provincia muy pobre y en crisis. De hecho, la inflación se había multiplicado cuatro veces desde que empezó la fiesta. Lo sabía porque esas fueron las veces que me dejaron propina. Primero me dieron un peso gustaviano. Luego once. Luego mil. Y finalmente una carretilla llena de billetes.

Lógicamente los pobres debían existir, pero simplemente no los habían invitado. Yo sé que nunca invitaría pobres a ninguna parte. Tendría miedo de que me roben algo que ellos no pudieran comprar ni en un millón de años de trabajo. Sin embargo, ni la Ejecutiva de Respuestas de Distrito ni la Supervisora Táctica en Jefe se quejaban de cómo los pobres venían a robarse el trabajo de los ricos a pesar de que los pobres no querían trabajar. Y de lo que nadie se queja es porque no existe.

Lo que discutían era sobre qué era exactamente un Especialista en Paradigmas Provinciales y por qué ganaba más que ellas. Fueron a preguntarle y las seguí con la excusa de ofrecerles más canapés, más allá de que me dejaron muy en claro que no tenían hambre ni nunca la habían tenido. Yo sonreía y les pegaba la bandeja en la cara, con la esperanza que las ondas de sonido de sus voces viajaran mejor por la bandeja que por el aire (desde que Leónidas Acuña me había nombrado economista descubrí que me había vuelto experta en todo, incluyendo física) y así pudiera escuchar mejor lo que estaban hablando con el Especialista en Paradigmas Provinciales.

Por lo que pude entender, el Especialista en Paradigmas Provinciales era una especie de economista, ya que se puso a hablar sobre la agricultura en el estado norteamericano de Montana en lugar de la naturaleza exacta de su trabajo.

-Es increíble como se acidifica el suelo -decía-. Es una de las consecuencias de la agricultura mecanizada.

-Hace cien años una hectárea con algunas vacas y una pequeña huerta bastaba para mantener una familia -dijo otro economista, que tenía el título de Representante de Métricas Corporativas-. Hoy en día los granjeros de Montana se arruinan debido a los créditos que

tienen que pedir para comprar maquinaria moderna y seguir siendo competitivos. ¿Cómo se los puede culpar de no prestarle atención al medio ambiente si sus familias que se encargan de producir alimento dependen de programas estatales para poder comer?

-Sí, pero es que a la larga están destruyendo su propio medio de subsistencia--

Les revolí la bandeja de canapés en la cara. ¡Estaban dando mensajes sociales! ¡Como se atreven!, pensé. Se suponía que era yo la que tenía que dar esos mensajes. Siempre me vi a mi misma como la buena de la historia. No en un sentido moral, claro. Nunca ignoré que era una persona horrible, desde preescolar cuando iba por el patio diciéndoles a los chicos que Papa Noel no existe hasta cuando seguía haciéndolo veinte años después, gritándoles desde la calle hasta que se ponían a llorar. Sin embargo, era “la buena” porque sabía que al final sería redimida cuando mis ideas salvaran al mundo, o al menos a un provincia atrasada.

Pero ahora los provincianos ignorantes me miraban enojados y chorreando canapé, como si eso y todo lo malo que pasaba en su tierra fuese mi culpa. Recordé que se suponía que era sordomuda antes de tratar de asustarlos con el Pomberito y fui a conseguirles más copas de champagne así se emborrachaban y quizás entonces llegaran a decir algo que los inculpara. No sabía dónde hacer eso, así que busqué al gobernador, que estaba charlando y riendo con un grupo de Orquestadores Corporativos de Marca. Le tiré de la cola de la levita, ya que no podía hablarle.

-¿Qué pasa Federica? -me dijo, bajando la voz- ¿Ya descubriste quién está causando la crisis económica?

-Necesito más copas de champagne para emborrachar a la gente y que revelen sus secretos. ¿Dónde hay más?

-¿Te fijaste en la cocina?

¡La cocina, sí! De ahí había sacado las copas anteriores. Fui a la cocina, llené nuevas copas, las acomodé cuidadosamente en una bandeja de plata que no estaba abollada por la dura cabeza de un economista y enfilé de nuevo hacia la fiesta. Un paso más tarde tiré la bandeja al piso. No fue un accidente, si no un momento epifánico de realización. La cocina estaba vacía. No había cocineros vivos. Ni otros meseros. Ni mayordomo. Ni mozos de cuadra cuidando los caballos bicéfalos y las carrozas de los invitados. Ni ninguno de los pobres habituales en una fiesta de la alta sociedad. ¡Yo era la única que estaba trabajando! Esto concordaba con la teoría de que en realidad no había pobres en Gustavo del Estero. Decidí abandonar el plan y perseguir este nuevo hilo. Según los libros de economía zurda que había leído, los pobres deberían estar en otra fiesta en las afueras de la ciudad. Una fiesta más humilde, pero también más real y más divertida. Con música alegre y guirnaldas y un muchacho parecido a Leonardo Di Caprio del que pudiera enamorarme y luego sacrificar innecesariamente para salvarme cuando las cosas se pusieran moderadamente difíciles.

Tiré mi delantal sobre los vidrios rotos en un acto de desafío y escapé por la puerta trasera. Me perdí entre las calles de cartón corrugado y madera balsa. Conocí cada fuente sin agua pero con el fondo pintado de azul y tropecé con cada cáscara de banana abandonada en la calle. Llegué hasta los confines de los edificios a donde debería empezar la villa miseria que ennoblece cada ciudad. De más está decir que no encontré nada, solamente el vacío. Existencial y físico, porque no vi a nadie. Ni siquiera un linyera o alguien que tratara de robarme el celular. Me lo tuve que robar yo misma para quedarme incomunicada con la civilización. Esto me dejaba una importante duda: Si no había pobres, ¿Quién diablos hacía

los canapés que había estado sirviendo yo y que comía el Representante Global de Consultoría? Definitivamente no el Agente Global de Consultoría. O la Jefa Global de Consultoría. O nadie en el Departamento de Consultoría Global. Los canapés ya estaban ahí cuando yo había llegado, cubiertos de polvo y junto al cadáver de una mujer anciana. Lo único que hice fue soplarles el polvo y repartirlos. Y aún así, ¡Yo era la única que trabajaba de verdad en esta provincia miserable! ¡Por eso estaban en crisis inflacionaria los pelotudos! ¡Todos tenían trabajos inentendibles que no servían para nada y cobraban un montón de plata!

A esta altura sólo me quedaba ir al cementerio de la ciudad y encontrar la tumba de Gustavo del Estero, para escupirla y mancillarla por haber engendrado una raza tan despreciable de seres humanos. Claro que no la encontré, porque el primo de Santiago del Estero no había existido nunca. Un hombre llamado Santiago del Estero no había existido nunca. Los españoles le pusieron "Santiago" por el apóstol Santiago y "del Estero" porque la ciudad estaba al lado de una laguna, no porque era un tipo real. Lo único que había en el cementerio eran enormes mausoleos de mármol, coronados por esculturas de Von Habsburgs alados. Eso explicaba los cuadros de ancestros alados que había en la casa del gobernador, y el par de alas que él mismo tenía en la espalda. Y también las tantas tazas y abrochadoras que tiraba en la agencia de Leónidas Acuña cada vez que se movía. La más antigua y gigantesca de todas las tumbas era la de Gustaf Von Habsburg, el fundador de la dinastía. La fachada estaba en muy mal estado, pero se notaba un friso de bajo relieve que contaba su heroica saga: Gustaf sostenía una bolsa de oro mientras volaba sobre una multitud de colonos que eran llevados a través de hermosas tierras y fértiles campos hacia un yermo páramo improductivo. Siempre detrás de Gustaf había una suerte de diosa neolítica gorda de la fertilidad que cargaba su trono cuando no tenía ganas de volar, levantaba los edificios, labraba los campos, limpiaba el papel picado de los desfiles, cocinaba para toda la provincia en una olla gigantesca y en el último de todos los frisos servía los canapés y la champagne en una fiesta decadente. No sabía que estaba pasando, pero mi educación económica me decía que se trataba de alguna clase de conspiración.



## Capítulo sexto

Sospeché que el gobernador era parte de la conspiración, ya que él mismo me la había referido en un principio, así que no le dije nada. Me refugié donde ni él ni ningún otro rico me encontraría jamás: la cocina de su casa. Me senté en el cadáver de la vieja que se pudría allí y comí distraídamente de un guiso añejo que encontré en una olla gigante. Lo curioso de Gustavo del Estero, además de las cosas raras que no tenían que ver con la economía así que como economista no me importaban, era que solo había ricos y aún así la provincia era pobre. Para tratar de entender la situación, dibujé en la pared externa de la olla gigante los gráficos que usaba Leónidas Acuña y su escuela disidente de Lisboa y había plagiado de los neoclásicos. Eran siempre los mismos, uno que subía y uno que bajaba, así que no era difícil acordárselos, aún para mí. Sumaba una y otra vez la oferta, la demanda, la demanda agregada, la oferta agregada. Inventaba los números cuando era necesario y despreciaba todas las cosas raras por considerarlas superfluas para el modelo de la tierra plana. Hay un hecho poco conocido en economía neoclásica, que es que la teoría solo funciona si la tierra es plana, aunque parta de una esfera. La demostración es simple: Imaginemos este cadáver en el que estaba sentada. Yo podía olerlo, pero imaginémoslo igual. Está sobre un pedazo de tierra con una curvatura tan suave que para todos los propósitos, sobre todo los nuestros, es plana. El cachito de al lado, donde está la olla gigante, también es prácticamente plano. Y el ángulo entre esos segmentos es tan chiquito que es prácticamente cero. Si seguimos agregando un cachito de tierra al lado del otro, toda la provincia de Gustavo del Estero es plana. Y también las provincias que tiene al lado, y el país y el mundo. Por lo tanto el mundo es plano y las ecuaciones que me dicen que sume todo deberían funcionar. Ojalá hubiese aprendido a hacer otra cosa que sumar. Varias horas más tarde me arrojé derrotada junto al cadáver, pensando que quizás ni siquiera sabía sumar. Por eso no me cerraban las cuentas. Imaginé que la muerta sería otra economista, que enfrentada al mismo problema inexplicable que acababa de derrotarme, se había dejado morir de angustia. Iba por la mitad de morirme de angustia cuando entró a la cocina el gobernador de la provincia con resaca y en calzoncillos. Abrió la heladera, se sirvió un vaso de agua, y recién al tercer trago notó mi presencia. Luego vio el cadáver, pero por esto hasta parecía contento, resaca y todo.

-¡Ah, encontraste a Monica! -exclamó-. ¡Mónica! Mónica, levántate, que se está acumulando la basura. Hay un olor a muerte impresionante en esta casa.

-Creo que es ella -dije-. Parece que está muerta desde hace varias semanas.

-Tonterías -dijo el gobernador-. Estuvo viva siempre, desde antes de que yo naciera.

-Eso la haría muy vieja. La gente suele morirse de vieja.

-¡Ah! ¿Cómo los perros, no?

-Sí, suelen durar un poco más, pero sí. ¿Quién es esta Mónica?

-La cocineroagricultoramatronaindustrialremendadoratransportistaconstructoconductora de la provincia.

-¿De toda la provincia? ¿Toda, toda?

-Sí. ¿En Buenos Aires no tienen una?

-No. Esos trabajos los hacen como once millones de personas.

-¡Ah! Entonces puede ser que los porteños todavía tengan algo que aprender de una pequeña provincia que al final no era tan atrasada como creían, ¿No es cierto?

-No, definitivamente ustedes son los atrasados. No tienen Internet ni economistas de verdad.

-¿De qué sirven tanto los economistas de verdad? -dijo el gobernador-. Tanto vos como tu jefe no pudieron solucionar nuestros problemas. Todavía tenemos mil por ciento de inflación y un déficit fiscal que llega al centro de la Tierra.

No iba a explicarle a él también que la teoría disidente de Lisboa dice que la Tierra es plana y por lo tanto no tiene centro al que pueda llegar un déficit. Con una vez alcanza. Los problemas de Gustavo del Estero sonaban sospechosamente parecidos a los de la agencia de economistas Leónidas Acuña, como si también los hubiese causado el manejo deficiente de un líder jamás nato como Leónidas Acuña. Los billetes que él imprimía en su despacho tampoco valían mucho. Solo una cosa tenía sentido hacer, ya que la alternativa era mi muerte: derrocar a Curcio del Estero Von Habsburg.

-¿Cómo? -dijo él-. Estoy seguro que no contraté a su agencia para eso. Podría haberlo hecho yo mismo.

-Ya es demasiado tarde. Debí haberlo pensado antes de contratar economistas.

No me costó demasiado convencer al pueblo de hacer una revolución cuando me paré en la calle y me puse a gritar ¡Revolución! ¡Revolución!, aunque crisis y todo les iba bastante bien. Alcanzaba con que pareciera que al gobernador le fuera un poco mejor. Por eso los trotskistas se equivocan cuando dicen que "mientras peor, mejor". Como regla general si algo suena a que no tiene sentido, es porque no lo tiene. Las grandes desigualdades no causan revoluciones. Las desigualdades marginales causan revoluciones. Hay una fórmula matemática y todo. Ni siquiera me hizo falta asociar mi campaña a una causa social de moda. Una multitud de burgueses furibundos tomó las armas, sitió la casa del gobernador y la prendió fuego con los propios pesos gustavianos que se imprimían allí mismo. El tipo quiso salir corriendo con una bolsa de billetes, pero fue capturado por la multitud cuando trató de atravesarla pidiendo permiso, permiso. Sin embargo, advertí a los gritos que le cortarían las manos con un machete a quien se las pusiera encima. Es que apenas verlo me di cuenta que mi plan lo necesitaba con vida. Curcio del Estero Von Habsburg debía ser el nuevo cocineroagricultormatronoindustrialremendadortransportistaconstructoconductor de la provincia. Solo así su economía podía salir adelante, si él se ocupaba de los trabajos de verdad mientras los demás se dedicaban a cobrar fortunas a cambio de realmente muy poco.

Como nueva gobernadora de facto, ese fue mi segundo decreto. El primero fue silenciar el parlamento con amenazas y sobornos y el tercero aumentar los sueldos de todos los funcionarios y bajar los impuestos para que no me derroquen a mí también. Estas brillantes medidas hicieron explotar la economía provincial. No como una bomba atómica que arrasa todo a su paso o como decimos siempre que va a explotar el país, si no para bien: las acciones de todas las empresas subieron, junto con sus recaudaciones, esperanzadas por la nueva administración. No había pobres para quejarse de mis despiadados ajustes ni de que los echaran del trabajo. Por ejemplo, todos tenían sus propias carretas y caballos de dos cabezas, así que cuando multipliqué por ocho el precio del transporte público y despedí a todos los choferes, nadie se quejó de nada. Ni siquiera Curcio del Estero Von Habsburg, que era el chofer despedido, porque estaba demasiado ocupado como para revelarse por nada. Aparte estaba él solo. No le podía ganar una revolución armada a nadie. Necesitas por lo menos tres personas, como cuando Gustaf y dos europeos más derrotaron a los vastos ejércitos del cacique Chagalifay y conquistaron la provincia hace varios siglos. La

historia estaba contada en uno de los frisos de su mausoleo, que ahora me parecía sospechosamente más grande que antes, y de hecho podía verlo desde la casa del gobernador, que ahora era mi casa.

El primer problema de mi breve mandato lo encontré cuando quise comprarme una carreta nueva como recompensa por mis maravillosos logros, y en la concesionaria me encontré con un cartel en la puerta que decía "Lo lamentamos, no aceptamos pesos gustavianos".

-Eh viejo -me quejé-. Una vez que puedo imprimir plata y no me la aceptan en ningún lado. El cartel no dijo nada. Yo quería mi carreta. Me la merecía. Tenía que tenerla. Como todos esos ricos que paseaban en sus respectivas carretas lujosas por la calle que pasaba a mis espaldas. Sí todos podían tener una carreta lujosa, ¿Por qué yo no? Me la merecía otra vez. Tenía que tener algo en los bolsillos que quisieran los vendedores de carretas. Era la gobernadora, carajo. A dos asesinatos políticos de ser dueña de la provincia para siempre. -¿Y entonces que aceptan? -pregunté, desesperada- ¿Un puesto fantasma de ministerio? El cartel no me contestó. Por primera vez extrañaba a los humanos. No se puede amenazar a un cartel. ¡Pero no hacía falta!, pensé. Se lo puede ignorar, como los de "no estacionar" o "cruce de escolares" que ignoré toda mi vida. Rompí el vidrio con el imparable codazo Succi, la técnica secreta de mi familia. Sin embargo, dejé una pila de pesos gustavianos en el lugar donde había estado la carreta en exhibición antes de que yo me la llevase. Porque ahora que estaba en la política no podía dejar que las cámaras de seguridad me filmen robando. No soy estúpida.

Pero cuando el dueño de la concesionaria (o más bien su Delegado de Corrupciones Municipales) se apareció en mi oficina a quejarse de que le había pagado con basura, le contesté que técnicamente toda la provincia era basura.

-Es cierto -me dijo-. Pero no las carretas de mi empresa.

-En eso estamos en desacuerdo -repliqué-. Si mira por la ventana va a ver que se me desarmó antes de siquiera cruzar la calle.

-Eso es imposible. Tenemos doscientas personas haciendo control de calidad, y otras ciento cincuenta haciéndoles control de calidad a las otras personas y entre sí.

-Tal vez no deberían haber dejado que Curcio del Estero Von Habsburg haga todas las carretas.

Lo próximo que supe es que estaba en un cadalso esperando mi ejecución por traición a la provincia, programada para cuando Curcio del Estero Von Habsburg terminara de juntar los pedazos de carreta robada de la calle y pudiera encargarse de cortarme la cabeza. Otra vez empecé a sospechar de una conspiración en la provincia. Pero ahora que el ex-gobernador y culpable de todo por default había sido puesto a hacer tareas serviles, me había quedado sin chivo expiatorio. Traté de explicarle a todos los burgueses congregados en la plaza con tridentes y antorchas que las cosas estaban a punto de mejorar. Que cuando uno da un paso para llegar al ideal, el primer paso parece empeorar la situación, pero era necesario profundizar el modelo.

-Pero las cosas primero mejoraron -replicó el Estratega de Interacciones Regionales-. Los accionistas de la provincia hicimos fortunas, lo cual indica que está todo por irse a la mierda.

-No puedo discutir con eso -dije. Curiosamente no hizo falta, porque el destino discutió por mí cuando el horizonte se nos vino encima. En realidad, lo que pensábamos que era el horizonte era en realidad el mausoleo de Gustaf Von Habsburg, el fundador de la provincia. Mientras me arrastraban al cadalso se había estado hinchando como un globo de mármol, que en realidad no podría hincharse, pero eso es lo que estaba pasando. Yo lo había

notado pero decidí no decirle nada a los gustavianos. Los manuales de economía enseñan que todo conocimiento secreto eventualmente te puede servir para salvarte el culo, y con mi culo tan cercano a su triste muerte necesitaba todo el conocimiento secreto que pudiera ocultar en el mismo para salvarlo. Como la genkidama cuando toca la tierra, el mausoleo se iba expandiendo arrasando con todo a su paso. Los burgueses entraron en pánico.

-¡Salvanos Federica, salvanos! -gritaban-. ¡Vos sos la única que sabe de economía!

Experimenté esa extática sensación que siente toda economista cuando el pueblo vuelve arrastrándose a pedirle que los salve del desastre que ella misma había creado. Entonces me soltaron y fueron todos atrás mío al cementerio, apostando a ver si podía parar el crecimiento descontrolado del mausoleo o no. Ya les mostraría. Rompí su enorme puerta utilizando otra vez el imparable codazo Succi, y me topé, sobre un altar iluminado y al final de un largo pasillo, con una leyenda del mundo de la economía: La Piedra de la Inflación.

## Capítulo séptimo

Acercaos, acercaos junto al fuego niños y niñas. No tengáis miedo de quemaros, siempre y cuando no os acerquéis tanto como para tocarlo. Eso sería estúpido. No hay que tocar el fuego, niños y niñas. Si os portáis bien la tía Federica os va a contar una leyenda que ha pasado de generación en generación desde que la aprendió hace una semana en un podcast sobre historia romana que hizo su secretaria. La leyenda de la Piedra de la Inflación.

La Pseudociencia de la Economía sostiene diversos modelos de inflación. Uno es el keynesiano, donde la inflación se calcula a partir de la diferencia entre la plata que circula y la producción total. Otro es el Marxista, donde la culpa de la inflación es la especulación capitalista, o alguna otra cosa turbia que hagan los capitalistas. Un tercero es el monetarista, al que ya he aludido, donde lo único que importa es la cantidad de plata que circula. Por lo tanto, para reducir la inflación lo único que hay que hacer es que circule menos plata.

Todos estos modelos "matemáticos", y otros que uno se pudiera encontrar, son falsos. Falsos como promesa de economista. En la rama disidente de la Escuela de Lisboa sabemos la verdad: que la causa de la inflación es puramente sobrenatural, y se debe nada más y nada menos que a La Piedra de la Inflación.

Los orígenes de esta piedra son más que confusos. Se dice que era una de las piedras renales que le sacaron a Jesús durante una operación de urgencia cuando empezó a orinar vino en vez de sangre. También, que es un fragmento de meteorito enviado por los extraterrestres para desestabilizar la economía de la Tierra antes de una invasión a gran escala. No se sabe. Lo cierto es que aparece por primera vez en la historia durante la crisis romana del tercer siglo, causándola.

Resulta que el emperador Diocleciano quería acuñar moneda con su cara porque si no hay monedas con tu cara para que sirve ser emperador. Sus economistas, que en esa época se llamaban Sacerdotes de Juno Moneta, le trajeron una piedra mágica a partir de la que podían acuñarse monedas sin fin siempre y cuando uno le sacara pequeños pedazos y los fundiera con otros metales que sí valieran algo.

Por supuesto que esas monedas híbridas estaban embrujadas. Generaban la desconfianza de los honestos, la codicia de los especuladores y que las yeguas parieran potrillos carnívoros de dos cabezas. Muy pronto causaron toda clase de desastres naturales, y guerras civiles que al mismo tiempo eran con potencias vecinas.

Desesperado, Diocleciano trató de solucionar la crisis persiguiendo a todos los cristianos, que para los modernos podría parecer que no tiene mucho que ver con la inflación, pero sí para los romanos. ¿Eso que dije antes de que si parece que algo no tiene sentido es porque no lo tiene? No aplica cuando me conviene. "No aplica cuando me conviene" era también el lema de los emperadores romanos, y lo ponían en todas sus monedas. Pero era demasiado tarde. La gente ya se había vuelto completamente loca, y no paraban de venerar a Cristo aunque los prendieran fuego y los arrojaran a los leones.

Solo una cosa lógica podía ocurrir a continuación, y esto es una huelga general de leones con llagas en las fauces. Si los romanos querían que siguieran comiendo cristianos prendidos fuegos, tenían que pagarles más. Y no con monedas embrujadas, si no con algo que les sirviera para algo, como corderos o sacándoles espinas de las patas. Solo hay una

cierta cantidad de espinas que puede haber al mismo tiempo en las patas de los leones, así que solo quedaba pagarles con corderos. Esto desató un complicado pero sorprendentemente riguroso sistema de trueques a lo largo y ancho del Imperio que tenía por fin hacer llegar a los leones de Roma corderos de provincias lejanas. No sé qué pasó después porque cuando estaban contando esto en el podcast tuve que huir por mi vida a la provincia de Gustavo del Estero y no pude seguir escuchando. Pero creo que esto desembocó en la caída del Imperio y el establecimiento del feudalismo en toda Europa. Con todos los millonarios vagos que había en Gustavo del Estero yo pensaba que la solución de los problemas económicos iba a ser una historia moralizadora sobre los males del capitalismo. Pero lo que estaba pasando allí no era nada ni remotamente parecido al capitalismo. No había obreros que explotar ni nadie estaba produciendo nada para luego venderlo a precios desorbitados. Era más bien una suerte de rentismo cabeza dura, de una forma de feudalismo que se superimpuso al capitalismo via la más oscura magia negra y le revolucionó la chaveta. Lo cual explica como la Piedra de la Inflación llegó a donde la encontré. Creo. En realidad no sé cómo llegó ahí o cómo terminó en la tumba de Gustaf Von Habsburg, el hombre que llegó de Europa con nada más que una bolsa de contenido misterioso. O por qué su locura se desató en el momento exacto en que murió Mónica y fue reemplazada en el rol de cocineroagricultormatronoindustrialremendadortransportistaconstructoconductor primero por nadie y después por Curcio del Estero Von Habsburg, mezclándose indistinguiblemente la corrupta política de la provincia con su inexplicable economía para siempre. Me dolía la cabeza de tanto pensar. Las cabezas de los economistas no fueron hechas para pensar. Y también me dolía el codo, de usar tanto el imparable codazo Succi, aunque siendo Succi por definición había nacido para usarlo de esa manera. Y además tenía hambre, siendo lo último que había comido un guiso en mal estado, una revolución y un mandato de facto atrás. Matando dos pájaros de un tiro, saqué de su altar a la Piedra de la Inflación y me la tragué de un bocado. Tenía gusto a pochoclo dulce, lo cual podría ser una metáfora de algo, pero probablemente no.

## Capítulo octavo

Medir quince metros es bastante útil para una economista, ya que le permite visualizar todo el aparato productivo de una sin necesidad de subirse a un edificio muy alto, como tiene que hacer un economista de tamaño normal. Tras comerme la legendaria Piedra de la Inflación no crecí todo de golpe. Había que actualizar el tipo de cambio digestivo primero. Esto generó un momento muy incómodo para mí y los gustavianos, ya que toda la carrera desde mi cadalso hasta la tumba de Gustaf Von Habsburg había sido bastante dramática. Y la piedra solo produjo un hipo y que la tumba dejara de crecer, lo cual al menos era una cosa buena.

Luego parecía que todos tenían algo que hacer o algo que ver en la tele, así que me dejaron sola en el cementerio. Quise hacerle un comentario sobre la condición humana a mi sidekick y recordé que nunca me había molestado en conseguir uno. Deambulé por las calles de cartón corrugado y madera balsa de Gustavia buscando un candidato hasta que me crucé con un muchacho que jugaba a la pelota solo en una esquina. Hacía jueguitos, y después pateaba a la pared y le hacía un agujero. Entonces iba a buscar la pelota y empezaba de vuelta. Parecía que le vendría bien una amiga, o una pared de verdad. En la cárcel había aprendido que con mi cabeza dura podía ser esto último, y me acerqué, mirando a ambos lados para asegurarme de que nadie me viera acercarme sospechosamente a un menor de edad y dudara que mis intenciones no fueran otra cosa que amistosas.

-¿Qué pasa? -le pregunté-. ¿No tenés casa ni Playstation?

-Tengo que practicar -dijo-. Voy a ser puntero de River cuando sea grande.

-¡Ja! -exclamé. No muy pedagógico pero me salió del alma. El chico me miró enojado, y pateó muy fuerte en mi dirección general. Falló, y en vez de mí dio contra la ventana de una casa. La casa se derrumbó, y se prendieron todas las luces aledañas.

-¡Corré boludo! -le grité, y salimos corriendo. Yo no podía permitir que me lincharan dos veces el mismo día. Como ex gobernadora, nadie me iba a creer que no tenía nada que ver con algo malo que pasaba en la provincia. Nos escondimos atrás de una carreta, mientras los vecinos nos buscaban en camiones y gorros de dormir, iluminando con antorchas la oscura noche gustaviana, lo cual parece que hacían bastante seguido. Sin embargo, nuestro escondite era perfecto.

-¡Ahí está! -gritaron-. ¡La mujer que mide tres metros!

-Zafamos, están persiguiendo a la mujer equivocada -dijo-. Debe ser alguna jugadora de basquet. ¿A vos te gusta el basquet, Robin?

No sabía cómo se llamaba, así que decidí bautizarlo Robin, para empezar a conocerlo mejor. Me pareció apropiado, ya que quería llegar a considerarme una especie de Batman de la economía, que no se muy bien que implicaría exactamente pero suena fachero. Robin no contestó, lo único que hacía era mirarme con la boca abierta. Decidí tirarle de la oreja para que me haga caso como hacía mi mamá cuando no le daba bola, pero justo en ese momento nos atacó un puma lampiño.

-¡No! -grité, y el puma saltó a mi cara. Cerré los ojos, pero los abrí cuando noté que en realidad no me estaba comiendo ningún puma. Solamente se quedaba apoyado, como buscando calor. Me enternecí, y me puse a pensar un nombre para mi nuevo y cariñoso puma cuando me di cuenta que en realidad era mi mano. Por eso el puma me rascaba la



cabeza. Era muy raro que un puma hicieran eso. También que mi mano fuera tan grande. Entonces nos rodearon los aldeanos. Por fortuna nadie persiguió a Robin cuando salió corriendo gritando por su vida. Buen chico, pensé, buenos pulmones. Iba a ser un gran sidekick para mí si conseguía salir de ésta de alguna forma.

En un principio no parecía haber ninguna forma. Los gustavianos se negaban a escuchar mis súplicas y también decidieron que ya habían tenido suficiente de mí y que me iban a colgar en la plaza pública. Pero para ese entonces ya había crecido dos metros más, y era demasiado pesada para que las endeble cuerdas que tenían en Gustavo del Estero me sostuvieran. Admito que me deprimí un poco, hacía meses que no comía ninguna rueda de repuesto ni pelota de fútbol. Esta vez me estaba cuidando en serio, y no veía ningún resultado. Más bien era cada vez más pesada. También cada vez más alta, al punto que ya era más alta que la mayoría de los edificios, y por definición no podía ser colgada en ningún lado por el momento. Abatidos, los gustavianos me pidieron que por lo menos limpiara lo que había roto y reconstruyera el orfanato de la provincia. Eso me pareció mucho mejor que morir, sobre todo porque ahora que medía diez metros era muy fuerte, así que levantar un orfanato era como jugar con los Legos con los que me atragantaba de niña y mi mamá seguía mirando la tele y me decía que era culpa mía, que si no quería atragantarme me hubiera robado una Barbie como una nena normal. Ojalá hubiese crecido en un orfanato. Tendría un trabajo honesto y no tendría que haber estudiado economía.

Creo que por eso levantar el orfanato fue sorprendentemente satisfactorio. Los chicos incluso trataban de ayudarme moviendo chapas y cosas así de una forma muy ineficiente y lastimándose todo el tiempo. Eran adorables. Para ellos era un juego, como hacerle bullying a Robin porque tenía sueños y ambiciones en lugar de resignarse a morir en la oscuridad del mismo lugar en el que había nacido y sido abandonado. Él no ayudaba mucho, solamente se sentaba en un rincón con su pelota y trataba de contener las lágrimas. Aunque todos sabíamos que lo único que quería hacer era llorar y se lo decíamos constantemente, dándole más ganas todavía.

Y al terminar el orfanato tuve mucha hambre. Los huérfanos también tenían mucha hambre, pero ellos porque no comían hacía días. No porque hubieran trabajado mucho como yo. A fin de cuentas me ayudaron muy, muy poco.

Fui a la carnicería, pero esto era Gustavo del Estero, y nadie producía nada y todos los suministros estaban detenidos, entonces estaba vacía. El carnicero era un personaje muy interesante, aunque por el hambre que tenía no presté mucha atención a sus chistes y ocurrencias y número musical. Lo importante era que yo seguía con hambre, así que salí a buscar algo para comer en otra parte. En dos o tres enormes zancadas llegué a una provincia vecina y me robé algunas vacas. Los habitantes locales trataron de detenerme, pero sus balas no hacían efecto en mi dura piel de economista. Además, como medía quince metros podía voltear un tanque de un manotazo y derribar sus avionetas cuando trataban de dispararme. Después me agarró sed y me tomé un río entero, porque sin importar cuánto vino me robase parecía que no podía emborracharme, lo cual era muy triste. Dormí la siesta en un campo y cuando me desperté estaba rodeada de todos los huérfanos de la provincia, que me miraban expectantes.

-¿Pero no tienen padres ustedes que puedan molestar? -les pregunté.

-No.

-Buen punto -admití-. ¿Qué es lo que quieren de mí?

-¡Tenemos hambre! ¿No nos puede dar algo para comer?

-Mhm, supongo que con mi fuerza sobrehumana podría arar los campos o de alguna forma producir grandes cantidades de bienes con valor agregado que pudieran venderse por una ganancia y con esa ganancia importar comida... ¿Vos que opinás Robin?

-Yo voy a ser puntero de River cuando sea grande.

-Eso ya me lo dijiste, corazón. ¿No sabés hacer otra cosa?

Pensó un momento y se puso a hacer jueguitos con la pelota. Empecé a entender porque le hacían bullying. Por el mismo motivo que yo le hacía bullying a los otros chicos en el colegio: porque se lo merecían. Curiosamente, en los libros de texto economía hay una explicación para el bullying. Lo definen como el precio que pagas por no conformar a los estándares sociales y lo consideran justo, con curvas de oferta y demanda que explican porqué es malo que el gobierno intervenga y todo.

Lo que es injusto y nadie debería merecerse es trabajar. En una provincia como Gustavo del Estero trabajar es estúpido, porque debido a la falta total de regulaciones rinde mucho menos que invertir. Lo descubrí muy rápido cuando mandé huérfanos de puerta en puerta a buscar inversores que quisieran ayudarnos a comprar campos y minas para empezar a producir y volvieron cargados de billetes, joyas y lingotes de oro. Hacía meses que estaban buscando una excusa para sacar la plata de abajo del colchón y ponerla a trabajar por ellos y la mujer de quince metros era justo lo que estaban esperando. Lo que ni en pedo se habrían imaginado, pero igualmente estaban esperando.

En retrospectiva, debería haber simplemente expropiado los medios de producción. No sé cómo no se me ocurrió. Generalmente las cosas que involucran violencia son lo primero que se me ocurren. Seguramente debía ser porque el aire a quince metros de altura es menos denso en oxígeno y mi cerebro estaba más de paro de lo que está casi siempre. También porque, por una vez en la vida, estaba trabajando honestamente. Y cuando uno trabaja honestamente, no piensa. Trabaja. Por eso la aristocracia gustaviana insistía tanto con eso de la moral del trabajo para los demás.

Mientras tanto yo araba los campos con los dedos, abría minas y pozos de petróleo donde durante milenios sólo había habido hermosos campos y montañas, molía los árboles del bosque gustaviano virgen para hacer escarbadiantes, extinguía toda clase de especies autóctonas. Creo que hasta era feliz. La nueva gobernadora, elegida por lo valiente que había sido al capturarme pese a ser más del doble que su tamaño, se dio cuenta de mis esfuerzos y me nombró su nueva Ministra de Producción. Le dije que en realidad mi especialidad era la economía, que es más bien todo lo contrario a la producción. Me dijo que me calle y vaya a producir cosas y le dije que bueno. Mi primera medida fue poner a trabajar a todos los huérfanos en talleres y fábricas, para empezar a producir cosas por primera vez en la historia de Gustavo del Estero.

-No sé cómo no se les ocurrió antes -dije-. Tenían toda esa mano de obra barata ahí tirada, siendo pobre, y nunca la usaron.

-Nos habíamos olvidado que estaban ahí -admitió la gobernadora.

Desafortunadamente, el mismo problema que habían tenido los huérfanos al levantar el orfanato lo enfrentaron al trabajar en las sombrías líneas de producción. No tenían mucha fuerza ni podían trabajar muchas horas seguidas sin empezar a desmayarse. Y aunque me daba muchísima fiaca, me resigné a ayudarlos con eso de mover el acero y soldar cosas con mi aliento, porque parece que ahora podía escupir fuego también. No quería perder mi trabajo y verme obligada a volver a Buenos Aires donde al que no le debía plata había injuriado de otra forma y también quería matarme.

Con el tiempo, y abusando de mi fuerza sobrehumana, la provincia empezó a crecer económicamente. La principal exportación fue la minería, ya que para mí era muy fácil pegarle piñas a las montañas hasta que saliera volando algo útil. También ahorrábamos mucho en transporte, porque en dos o tres pasos podía llegar a cualquier parte del país, entonces nuestros precios eran injustamente competitivos. Ya no hacía falta robar nada. Resulta que el comercio es mucho más rentable de la piratería, contrario a lo que sostienen la mayoría de los economistas piratas. Otra victoria para la rama disidente de la escuela de Lisboa supongo, aunque algo debía de estar mal en mis cuentas, ya que con solo quince metros de altura no tenía sentido que recorriera tanto espacio tan fácilmente. Me di cuenta de esto en uno de mis viajes y a mis espaldas vi toda una serie de cráteres generados por mis pasos que ahora se habían llenado de agua y eran usados por vacacionistas que se bañaban sin pagar. Esto era inaceptable. Fui a gritarles para que pagaran y salieron volando impulsados por las ondas de choque de mi voz. A partir de ahora iba a tener que empezar a hablar en susurros si no quería matar a todo el mundo. También encontrar una manera de dejar de crecer tanto, o toda la Tierra iba a ser un cráter gigantesco, e iba a ser muy difícil cobrarle a toda la gente que quisiera usarlo para bañarse una vez que se llenara de agua.

Al otro día me asomé por la ventana de la gobernadora mientras estaba tomando whisky en su escritorio y le advertí que según mis cálculos, si seguía creciendo de tamaño a este ritmo, muy pronto pesaría más que el mundo y lo hundiría en la inmensidad del espacio.

-¿Que sos física ahora? -balbuceó-. ¿Sos astrónoma? Andá a laburar, pelotuda de mierda. Me revoleó el vaso, que rebotó indolentemente contra una de mis uñas. Iba a aplastar a esa gobernadora como una mosca, pero su secretaria me dijo que era nada más el alcohol, que siempre la ponía de mal humor, y que mejor volviera al otro día. La entendía. A mí había muchas cosas que me ponían violenta, siendo el alcohol tan solo una de ellas. Y cuando volví al otro día la gobernadora estaba con anteojos negros y despeinada, pero ahora insultaba menos y admitió que era un problema y que había que hacer algo. No dijo nada más y nos quedamos mirándonos en silencio, ella sentada en su escritorio y yo asomada por la ventana. Cuando empezó a dolerme la espalda por estar tanto tiempo inclinada le pregunté qué.

-¿Qué qué? -dijo, chasqueando la boca como si la sintiera pastosa.

-¿Qué hay que hacer? -susurré.

La gobernadora se empezó a frotar la frente fruncida.

-Podemos preguntarle a los científicos -dijo.

Reunimos a todos los científicos de la provincia y tras mucho deliberar llegaron a la conclusión de que hacían falta mejor científicos. Trajimos mejores científicos de otra provincia menos impresentable, y ellos dijeron que como la causa de mi crecimiento era la Piedra de la Inflación que seguía irradiando su poder en mi estómago, la solución era simplemente que yo escupiera la piedra de alguna forma u otra.

-Pero entonces va a empezar a devaluarse el peso gustaviano de nuevo -dije-. No podemos volver a eso. Robin y sus bullys ahora comen todos los días, ¿No Robin?

-Cuando se grande voy a ser puntero de River -dijo Robin, con los ojos llenos de estrellas.

-Es eso o que explote el mundo -dijo una científica.

La gobernadora entró en pánico y salió corriendo a buscar su whisky. Seguramente era de River y no quería tener un puntero como Robin. Podía entenderla. Yo tampoco quería un sidekick como Robin y no me quedaba otra. Nadie quería ser mi sidekick. Ni siquiera él en

realidad. Le iba a preguntar a la científica si ella sí quería ser mi sidekick pero tras mirarla como si la viera por primera vez descubrí que en realidad ya lo era. Había sido mi secretaria en la agencia de Economistas de Leónidas Acuña. En realidad era la secretaria de la secretaria de mi secretaria, pero yo consideraba que todas las secretarias eran mi secretaria, muy para el desagrado de todas las secretarias. Le pregunté cómo andaba y si no me había reconocido. Era demasiado gigante como para que no me hubiese visto, y además habíamos estado hablando de mí. Me dijo que sí me había reconocido, pero que se había hecho la boluda para que no le invente trabajo innecesario o la haga vestirse de forma provocativa como hacía antes.

-¿Y como anda la Agencia de Leónidas Acuña? -le pregunté.

-Leónidas Acuña fue finalmente arrestado por evasión de impuestos -dijo-. Con la pierna rota no podía salir corriendo como hacía siempre que le aparecía una citación judicial. Lo último que supe de él fue que en la cárcel se le acercó un pastor y lo convirtió al marxismo sin ningún problema.

-Tiene sentido, siempre fue muy veleta.

-Y las secretarias blanquearon sus pasiones ocultas. Como yo, ahora colaboran con el bienestar de la humanidad ganando muy poco por ello.

-Lástima, mujeres tan capaces. Quizás debería entrenarlas en nuestros análisis disidentes de Lisboa y refundar la escuela, cuyo nombre me gustaría cambiar, ya que nunca estuve en Lisboa. ¿Qué decís? ¿Querrán unirse a la escuela Succu de economistas?

-¡NO! ¡No! ¡Por favor no!

-¿Por qué no? -le pregunté-. Ya me estás contestando como me contestaba Leónidas Acuña.

-Porque... Uhhh... las necesito para mi plan -dijo la científica, como si recién ahora estuviese pensando en el plan. Luego procedió a explicarme a mí, a Robin y a sus colegas toda una serie de ecuaciones diferenciales econofísicas que generaban modelos dinámicos de la economía, ya que le parecían absurdos mis modelos que ella llamaba "estáticos y algebraicos" y yo llamaba "dos rayitas". Pero era demasiado tarde. Ya me había ofendido: se supone que son las economistas, no las científicas, las que hacen los planes salvadores. Era mi responsabilidad resolver este problema, porque si no corría el riesgo que la ciencia demuestre que la economía en realidad es una farsa. Así que aproveché otro espasmo de crecimiento para aplastar a la científica contra la pared y destruir en el proceso todo su trabajo. Ahora solo me faltaba mi plan. Mi plan. Mi plan era... primero preguntarme qué haría Leónidas Acuña. Antes de volverse marxista, claro. La respuesta era nada, derivarle el trabajo a su secretaria. Esa era yo. ¿Qué hacía yo cuando tenía un problema y no servía preguntarme qué haría Leónidas Acuña? Se lo derivaba a mi secretaria. Robin era técnicamente mi secretario ahora, pero si le preguntaba a él seguramente no iba a decirme otra cosa que eso de que quería ser puntero de River y blablabla. Hasta yo sabía que eso no podía funcionar. Necesitaba secretarias mejores, como las de la Agencia de Economistas de Leónidas Acuña. ¡Ahí está! Podía llamar a todas esas secretarias que ahora estaban sin laburo rentable, meterlas adentro de un submarino o un colectivo o más realísticamente una carreta y tragármelas para que busquen en mi interior la Piedra de la Inflación y la saquen. Y cuando lo hicieran usaría lo último de mi fuerza ingente antes de recuperar mi tamaño normal para arrojarla al espacio y que sea problema de los economistas de otro planeta. ¡Era brillante! Mandé a Robin a buscar a las secretarias allí donde estuvieran a lo largo del país. Estaba muy emocionado, porque ir a Buenos Aires

significaba que finalmente podía probarse en River. Por desgracia para mí el club estaba pasando por una etapa muy decadente y quedó como titular y no volvió. Entonces mandé a los demás huérfanos a hacer los secuestros, mientras para mantener mi peso bajo control comía campos enteros de apio y lechuga y destruía la geografía de Gustavo del Estero haciendo gimnasia.

## Parte II: Mamá, me casé con una economista.

### Capítulo primero

Mi plan funcionó y no funcionó. Las secretarías pudieron encontrar la Piedra de la Inflación en mi estómago, derrotar a la colonia de microbios que la veneraba como a su Dios en un batalla épica como no se ha visto jamás y dármele para que la tire al espacio con mi super fuerza de economista. Sucedió que la lancé muy fuerte pero parece que no tan fuerte como para superar la atracción gravitatoria que producía yo misma y cayó a la tierra de nuevo, reventando en mil pedazos y distribuyéndose por el mundo. Esa es la parte que funcionó. La inflación de Gustavo del Estero efectivamente bajó. Lo que no funcionó fue el escape de las secretarías de mi cuerpo, porque me había olvidado de planear esa parte. Cuando la Piedra de la Inflación dejó de surtir efecto en mí, el ajuste fue inmediato. Si yo me achiqué, las secretarías mucho más todavía. Ahora las tengo viviendo en mi interior, lo cual es muy extraño porque puedo escuchar sus voces en mi cabeza, y a veces se confunden con las otras voces que ya estaban en mi cabeza. Porque la mayoría de lo que hablan es lo mismo: mal de mí

Lo que REALMENTE no funcionó y tampoco había planeado, fue el juicio que me comí una vez que mi tamaño dejó de hacerme inimputable. Lo bueno es que a diferencia de la última vez que me metieron presa en Buenos Aires, ahora que tenía título universitario tenía derecho a un juicio justo. Lo malo es que esta vez también era culpable, y que el juicio fuera justo no me ayudaba mucho.

Llamaron a declarar a todos mis amigos y familiares, que no tardaron en traicionarme vilmente. A mi mamá, que me escupió. A mi hermana que sacó un revólver y tuvieron que venir varios alguaciles para reducirla. Al intendente, que ignoró totalmente el caso y dio un discurso tan bueno que lo reeligieron ahí mismo en el juzgado, y hasta yo terminé aplaudiendo cuando se puso a tirar cuetes. Curcio del Estero Von Habsburg también fue reelecto en su provincia. Pero incluso eso fue usado en mi contra, ya que, y en sus propias palabras durante el testimonio, mi accionar había indirectamente condenado a Gustavo del Estero a más años de su inoperante gobierno. Robin no fue, ya que estaba muy ocupado jugando para River una copa de leche en Japón con unos de violeta que nadie sabía quien eran. Mi ex novio Carlos declaró muy poco, aunque su silencio me incriminó bastante. Fue una buena táctica de la fiscalía poner al muerto en el estrado, aunque nadie pudiera escucharlo por el ruido de todas las moscas. Tomé nota para un futuro modelo económico basado hacer hablar a los muertos, aunque al final no lo desarrollé nunca.

Luego me hicieron abrir la boca y acercaron un micrófono para que las secretarías que vivían en mi sistema digestivo pudieran testificar. Ellas se limitaron a enviar mensajes a sus propios amigos y familiares que habían mantenido su tamaño normal, y el juez me hizo cerrar la boca cuando se empezó a aburrir y empalagar de los sentimientos de las secretarías. Yo también me había aburrido, y aproveché ese tiempo para pensar que esto del juicio justo no me estaba gustando demasiado y cuando pude hablar de nuevo pregunté si no podía mejor tener derecho a un juicio injusto que me absolviera de todos mis crímenes. Me dijeron que no.

El único que no me traicionó fue Leónidas Acuña, que justificó todo mi accionar como parte de las fuerzas dialécticas de la historia que inevitablemente llevarían a la revolución del

proletariado, y contestó toda pregunta subsiguiente que le hicieron repitiendo la palabra "plusvalía". Ese era un amigo de verdad, aunque fuese un asqueroso marxista. Sin embargo, el anciano y senil juez creía que todavía estábamos en la Guerra Fría y mandó a mi ex jefe, empleado y mentor a la prisión militar de Guantánamo para ser torturado por información sobre los planes soviéticos. Sabiéndome condenada también, empecé a creer que esto del juicio sería una gran oportunidad para juzgar a La Economía como disciplina mientras me juzgan a mí. Es decir, sacrificar mi libertad en un heroico esfuerzo por desenmascarar todas sus prácticas inmorales y concepciones matemáticas dudosas. Pero cuando traté de llamar al Modelo Neoclásico a declarar se me recordó que no es así como funciona la justicia, y al muy poco tiempo fui condenada a cinco años de prisión, que es la pena standard para un ex-funcionario que defrauda la confianza pública destruyendo o robando millones y millones en recursos estatales. Eso a menos que haya sido derrocado, en cuyo caso la pena es que lo cuelgan en la plaza pública y bailan alrededor con antorchas y las cabezas de sus secuaces en picas.

## Capítulo segundo

Sabía por mi experiencia anterior en la cárcel que lo primero que tenía que hacer era ir a buscar a la más jodida del penal y hacerla cagar para que me respeten. Eso no era economía, sino sentido común, que es todo lo contrario. Y además tenía mucha mufa acumulada y quería desquitarme de lo justo e imparcial que había sido el sistema legal conmigo. Me soltaron en el patio e inmediatamente fui a preguntarle a una mujer mayor que parecía muy sabia y jugaba al ajedrez contra otra muy similar pero más blanca cuál era la banda alfa y me señaló a las gradas de la canchita de hockey del penal.

-Las gradas no son -me aclaró la señora al ver mi cara de confusión absoluta al tratar de pensar en cómo iba a hacer para hacer cagar una grada-. Sino las mujeres que están sentadas en ellas. Se hacen llamar Las Mangudai, por la unidad de élite de los mongoles.

-Ah, ahí las veo.

La jefa podía identificarse muy fácilmente, ya que estaba sentada en el centro y todas las demás escuchaban lo que decía y asentían con la cabeza. La reconocí como mi antigua mejor amiga Maggie, a quien creía muerta por mi traición durante los eventos que siguieron a mi última fuga. Se ve que no. Nunca supe muy bien cómo se salvó, pero seguramente fue muy ingeniosa.

Supuse que no estaría muy contenta de verme, e incluso que quizás quisiera vengarse. Mi hermana, que estaba sentada al lado, encarcelada por querer matarme durante mi juicio, definitivamente quería vengarse de mí. Ella parecía ser su mano derecha, dada su ubicación a la derecha y como sus gestos eran los más efusivos para corroborar todo lo que Maggie estaba diciendo. Siempre fue una chupamedias, se llevaba mejor con mi mamá que conmigo porque ella le pegaba marginalmente menos.

Ya haber hecho cagar alguna vez a las más jodidas del penal no me ayudaba tanto como uno podría asumir, ya que ahora estarían alerta y no podría atacarlas a traición como había hecho antes. Además ya me habían visto, y venían a buscarme blandiendo palos de hockey. Yo se que se supone que las mujeres tienen que jugar al hockey y solo al hockey, pero en la cárcel podrían hacer una excepción, dado que darle palos a las reclusas es una pésima idea en general. Por eso había sido tan fácil escaparnos del otro penal, ahora que recuerdo. Maggie le había partido la cabeza a un vigilante con uno de esos palos.

-Eu -me llamó la vieja sabia- yo que vos salgo corriendo.

La otra asintió. Se notaba la sabiduría de ambas. Mi plan ahora era buscar a la banda segundona, la cebollita, que debería estar en alguna parte, tratando de arrebatarse el poder a la de Maggie. Estaba segura que recibirían en su rebaño a una criatura tan sanguinaria, codiciosa y violenta como yo. Por desgracia, tenía aproximadamente treinta segundos para encontrarlas y convencerlas antes de que Maggie y sus matonas cruzaran el patio hasta donde estaba yo para cagarme a palazos como si fuese un guardia. No iba a tener tiempo. No sabía ni quienes eran. Las chinas que me señalaban efusivamente un escondite en la pared al pie de la torre de los guardias no ayudaban tampoco. Tuve que empujarlas contra las Mangudai que se cernían sobre mí para que me dejaran pasar.

Entonces me encontré arrastrándome por un túnel húmedo, oscuro y lleno de ratas, que al mismo tiempo tenía algo de maternal. De mi horrible madre, no de las madres en general. Lo virtuoso del mismo era que era demasiado estrecho como para que las Mangudais



podieran perseguirme, ya que quedaban atascadas por sus enormes piernas de jugadoras de hockey. A veces jamás hacer ejercicio es mejor que hacerlo, pero casi nunca. El túnel era muy largo, tanto que me confirmaba la teoría que no, ni siquiera ese muro era siempre así: a veces volvía a ser de piedra negra y entonces yo no sabía qué pasaba del otro lado, qué era de ella en esos intervalos anónimos, qué extraños sucesos acontecían; y hasta pensaba que en esos momentos su rostro cambiaba y que una mueca de burla lo deformaba y que quizá había risas cruzadas con otro y que toda la historia de los pasadizos era una ridícula invención o creencia mía y que en todo caso había un solo túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida. Pero eso no eran mis pensamientos. Solo podían ser los de las secretarías en mi interior que estaban leyendo a Sábato porque estaban muy angustiadas. El túnel no era otro que mi intestino delgado, que era lo que las angustiaba, ya que el que me había metido yo no era tan largo en realidad. Solamente pegaba muchas vueltas y me mareaba y me confundía. Salí en lo que me parecieron años, pero bien podrían haber sido diez o quince minutos. Yo no tenía hora y la rata que mordía mi pie tampoco. ¿No ratita? Vos vas a ser mi sidekick ahora que Robin abandonó su sueño de jugar en River por un sueldo millonario en euros en el PSG. Yo hubiera hecho lo mismo, aunque la rata promedio no tiene mucho uso para el dinero.

La cuestión era que cuando salí del Túnel me encontré en una cámara decorada con dragones de jade o más bien cotillón y un gran número de jarrones antiguos de la dinastía For You. Había todo un ejército de guerreras de terracota que en una inspección más detallada resultaron ser simplemente chinas vestidas de marrón. Se adelantó la que parecía ser la jefa y dijo cosas en chino que no entendí, pero como no me iba a quedar ahí no entendiéndola decidí pretender que entendía todo lo que decía. O mejor aún, usando mi profundo conocimiento de la psiquis humana dado por las teorías de Walras y Marshall de que todos somos más o menos lo mismo, inventar lo que estaban diciendo en base a cosas que me pareciera en el momento que tuvieran sentido. Supuse que me estaba hablando de Budismo, porque la gente en china suele hablar de eso todo el tiempo.

-El origen del sufrimiento es el deseo -dijo la china blandiendo un afilado cuchillo-.

¡Samsara! ¡Nirvana!

Samsara y Nirvana parecían ser sus secuaces de confianza. Me agarraron una de cada brazo y me obligaron a arrodillarse. La china Buda me puso el cuchillo en la garganta y habló con tono amenazante.

-Para dejar de sufrir tenés que dejar de desear, pero eso es imposible. A lo sumo podés llegar a desear solamente dejar de desear. ¿Entonces qué vas a hacer?

-Desear más todavía -dije, pensando cómo podía hacer para robarme alguno de los dragones cuando estuvieran distraídas.

-¡No! -dijo la Buda-. Es un problema de meditación. Para escapar del deseo tenés que desidentificarte de tu cuerpo, que es perecedero. De tus emociones, que son incómodas. De la trampa de tu ego, que es irreal.

-No puedo dejar mi ego, soy economista -admití. Parecieron muy impresionadas con eso. El budismo es gilada al lado de la economía. De hecho, si es verdad que el budismo nace por las condiciones económicas particulares de la India antigua, eso quiere decir que yo era prácticamente una Buda. Y si tenemos en cuenta que los templos budistas medievales se mantenían haciendo préstamos como un banco, era más Buda todavía. Doble Buda. Debí de ser por eso que Samsara y Nirvana me soltaron y me ayudaron a levantarme y a

sacudirme la tierra y el excremento de rata que tenía encima del túnel. Quisieron sacarme también la ratita que se había puesto a vivir en mi bolsillo del pecho, pero ya me había encariñado y no las dejé. Por precaución me había guardado el título en ese mismo bolsillo, y se lo di a la Buda china para que lo examinara. Aún con las mordeduras de rata y todo se notaba que era de verdad, y gracias a las mordeduras en lugares estratégicos no se notaba tanto que antes había sido de otra persona. La ratita esa era una genia. Le puse de nombre Robin 2, esperando que esta vez no me traicionara como el Robin anterior.

Las chinas examinaron el título y lo aprobaron. Resulta que Nirvana había nacido en argentina y hablaba castellano, entonces me hizo de traductora para que yo pudiera entender qué carajo estaban hablando y no tener que inventar sarasa. También dijo que en realidad se llama Yolanda, pero yo seguí diciéndole Nirvana porque me parecía más místico. Nirvana me explicó que el motivo por el que eran la banda N°2 después de las Mangudais de Maggie era una cuestión puramente de mercado.

-Ah sí, el mercado. Es muy importante el mercado -dije yo, para hacer notar el hecho de que sabía de economía. Resulta que había todo un mercado de contrabando en la cárcel, y todas las bandas de delincuentes trataban de manipular la demanda que había por lo que sea que pudieran contrabandear de afuera, ya que su poder dependía casi exclusivamente de la porción del mercado que pudieran controlar. Yo diría que también habría algo de poder que ganar por medio de la violencia, pero Nirvana me explicó que cualquier banda que intentara eliminar completamente a sus competidoras enfrentaría costos prohibitivos, entre armas, gente y sobornos a los guardias. Al final parece que el capitalismo si puede traer la paz, quien lo diría. Yo pensé que era solo para hacerse rico a costa de otros.

-Sí, sí -dijeron las chinas-. Queremos ser ricas a costa de otros. Por eso nos viene muy bien una economista que nos ayude a manipular el mercado a nuestro favor.

Eso me decepcionó un poco, ya que siempre fui mejor violentadora que economista. Pero bueno, como aprendí de mi experiencia en Gustavo del Estero, en realidad no hace falta una teoría económica válida para hacer andar una economía en el mismo sentido que necesitas una teoría de propulsión válida para mandar un cohete a la Luna. Como dijo Milton Friedman, una teoría no puede ser juzgada por lo que asume, sino solo por que tan bien sus predicciones acuerden con la realidad. De hecho, las proposiciones absurdas son la marca de una buena teoría, como la falta de piletas es la marca de un país lleno de campeones de natación. Porque nadan en los ríos que son más difíciles o algo, no sé. Friedman me aburrí porque no usaba tantos dibujos, y no le di mucha bola. A mi me gustan los economistas que usan muchos dibujitos. Como el libro de Leónidas Acuña, que prácticamente no tiene palabras que no sean su nombre. Ese es mi credo, aunque su autor haya abandonado el camino disidente de la escuela de Lisboa y se haya hecho marxista, olvidando todas las críticas que constantemente le hacía al marxismo y a sus adeptos en la radio.

Las chinas me dieron mi propia oficina para trabajar en uno de los subsuelos que controlaban, y una pecera y bizcochitos para mi ratita. Ningún guardia pareció preocuparse demasiado que en realidad no pasara tanto tiempo en mi celda, porque seguramente habría alguna clase de tongo. La principal importación de las chinas eran las boludeces de plástico posiblemente tóxico, y parecía que a los guardias les encantaba. Les hacía ahorrar mucho dinero en regalos para sus hijos y parejas. O eso supongo, porque no les veía mucha utilidad de otra forma. A los guardias tampoco, a decir verdad. Ni que fueran secretarias.

### Capítulo tercero

Cuando vino Nirvana a darme los libros de contabilidad le pedí a ver si no tenían una secretaria que me ayudara vistiéndose muy provocativa, pero me dijeron que no iban a caer en esa de vuelta. Ahora hacía falta laburar, me dijo, no dejarle el laburo a las secretarias. Bueno, qué carácter, le dije, y me escupió. No muy budista de su parte. Me dijo qué budista, que su única religión era Vélez. Iba a hacerle un chiste con que no tienen hinchas, pero para entonces ya se había ido, dejándome sola con la ratita y los libros. Le hice el chiste a la ratita de todas formas, y puedo jurar que se rió un poco, como si fuera hincha del rival clásico de Vélez. No sabía cual es el clásico de Vélez porque si no tenés hinchas no podés tener rivales. ¿Quién es el rival de la nada? ¿El todo? Seguro que la ratita era hincha del todo, y por eso se reía. Mucho después, durante mi siguiente juicio, se me hizo notar que el clásico de Vélez en realidad es Ferro. Declaré que una ratita hincha de Ferro no tiene mucho sentido. Me dijeron no ha lugar. Pero revisando los libros de contabilidad descubrí muy pronto que no los entendía porque estaban en chino. Aunque para ser justos, tampoco entendía los que estaban en castellano. Los cerré, diciéndome que no hacía falta que entendiera nada. Si podía convencer a suficiente gente de que yo tenía razón, esa convicción se transformaría en realidad. Me puse a pensar en que iba a tener razón, exactamente. Nunca había tenido razón en nada. Solo me quedaba considerar el panorama real de la cárcel, desde qué mejor lugar que recién habiendo llegado y encerrada en una oficina subterránea aislada de todo.

En la mayoría de las prisiones del mundo, la moneda de cambio por default son los cigarrillos. Tienen un piso de demanda mínimo por la gente que sí o sí tiene que fumar o se vuelve completamente loca, y absolutamente ningún valor para los no fumadores. Además son fáciles de transportar, relativamente durables y todo eso que tiene que tener una moneda de cambio. El problema era que por una reciente regulación municipal, esta era una prisión libre de humo. Así que los fumadores habían optado por inyectarse heroína para aliviar la ansiedad. Maggie y su banda controlaban el tráfico de heroína, y por eso eran las más poderosas. Quizás podía convencer a la gente de derretir las boludeces de plástico que importaban las chinas, y empezar a inyectarse eso. Aunque si hacían eso no iba a quedar presa viva que pudiera mantener una economía estable.

¿Pero quién necesita una economía estable? Leónidas Acuña siempre se peleaba con la gente que decía que la economía tenía que estar en equilibrio. "Ay, el equilibrio, el equilibrio" decía en la radio "equilibrame ésta, puto" y se agarraba la entepierna porque aunque los oyentes no pudieran verlo, se lo imaginaban. Esa es la magia de la radio. Lo que Leónidas Acuña quería decir creo yo es que era momento de abandonar los modelos que suponían que eventualmente se llegaría a un punto de que equilibrio estático. Qué este quilombo no se soluciona más, y había que aprender a vivir con eso. Como andando a caballo, el equilibrio se encuentra en movimiento. ¿O eran las bicicletas eso? Yo sé que si te quedas quieta arriba del caballo, el caballo se enoja y te tira. No creo que los caballos me hagan eso solamente a mí. ¿Cómo sabrían que soy una persona horrible? No lo sabrían, y solo algunas mujeres en la cárcel sabían eso de mí. Mi hermana por ejemplo. Yo veía la economía de la prisión como un caballo que me iba a tirar a la mierda si en algún momento dejaba de correr. En teoría ya estaba corriendo, solo que al compás de otra persona. Tenía que hacer que corriera más rápido, a la velocidad que yo le dijera. En ese momento desee

haberle hecho caso a esa secretaria-vuelta-científica que trató de enseñarme ecuaciones diferenciales para modelar exactamente eso. ¡Ay de mí! Me di cuenta que su modelo no hubiese funcionado por su rigor, si no por su dificultad. La solución era abstraer aún más el modelo hasta volverlo incomprensible. Que la gente se confunda y entre en pánico y que crea que la única que podía salvarlos era yo, Federica Succi de la rama disidente de la escuela de Lisboa. No podía fallar.

Para alguien que no fue entrenado en la rama disidente de la escuela de Lisboa, lo que estaba ocurriendo en la cárcel era un sistema de trueque, la forma más primitiva de economía. Heroína por chocolates, tampones por pantalones, boludeces de plástico por boludeces para puntear guardias. Los albores de la existencia humana parecían estarse replicando tras las rejas del sistema penitenciario. Claro que para una economista de la rama disidente como yo, lo único que teníamos en común con esa chusma precapitalista era la veneración por diosas matriarcales como Maggie o la china Buda, que te hacían mierda si no le rendías culto. Y al igual que esas diosas de la fertilidad, esa etapa mítica del trueque en realidad no había existido nunca. Las aldeas primitivas se manejaban con un sistema de regalos y deudas y cosas así. Googlealo. De hecho, toda la riqueza viene de la deuda. Hay que generar deuda. Tradicionalmente, todos los economistas clásicos sostuvieron que la riqueza viene principalmente del trabajo. Otras cosas que pueden producir valor según algunas escuelas son del orden de las máquinas o el tiempo o las máquinas del tiempo que un economista puede usar para robar recursos de otros períodos históricos. O bien, volver a una época anterior a cuando él o ella (generalmente él) lo arruinó todo. También se habla de una teoría subjetiva del valor, de la oferta y la demanda. ¿Pero de dónde viene la palabra valor? Exacto, de la valentía. Y hay que ser muy valiente para meterse de cabeza en la cantidad ridícula de deuda que estaba pensando crear.

-Así que vamos para adelante, Robin 2 -exclamé. La metí en mi bolsillo y fui a decirles a las chinas que dejen de importar boludeces de plástico. Que esa gilada no corría más.

-¿Y entonces que importamos?

-Nada.

-¿Nada?

-No. A partir de ahora van a hacer lo siguiente: Van a liquidar toda la gilada que tengan y van a meter toda la plata que hagan o tengan afuera o adentro de la cárcel en esta bolsa. La china Buda dijo algo que sonaron a puteadas. Nirvana me confirmó lo de las puteadas, y agregó que creía que yo estaba loca.

-Tranquilas, no me voy a ir corriendo con la bolsa. ¿A dónde iría?

Me concedieron ese punto. Me iban a apuñalar quince veces antes de que pueda dar un paso con su bolsa de plata. Les expliqué muy despacito que lo que íbamos a traficar era deuda. Y que los mercados no son naturales. Se necesita muchísima intervención gubernamental para crearlos, alimentarlos, educarlos y hacerles ajó, ajó, ¿Quién tiene los ojitos de mamá? ¿Quién tiene los ojitos de mamá?

-Dejá esa rata, por favor, es un asco -me dijo Nirvana. La miré con horror y abracé aún más a mi ratita. La ratita me mordió, cayó al piso y se fue corriendo por las tuberías.

-¡Robin 2 no! -grité. Otra vez abandonada, primero se lo habían hecho a Cristo, luego a Keynes y ahora me lo hacían a mí. Contemplé el vacío por un momento.

-¿Estás bien?

-Sí, basta de teoría. Vamos a hacer guita.

## Capítulo cuarto

Para cuando juntamos toda la plata en una bolsa y nos preparamos para la fase dos, varias de las chinas mostraron su flagrante desacuerdo con mi plan. Les había desagradado cuando tuvieron que deshacerse de sus posesiones materiales para venderlas a cualquier precio, y mucho más cuando tuvieron que llamar a sus familiares para pedirles plata para un plan absurdo. Si alguna vez te preguntaste cual era la obsesión de los chinos con las monedas, ahí tenés. Lo de apagar las heladeras a la noche fue idea mía también. Más allá de sus dudas, en general estaban dispuestas a seguir adelante, basándose en la fé casi ciega que le tenían a su líder, la china Buda, que a su vez había sido condicionada desde la infancia para tener fé en mi título universitario. Lo que las hizo saltar a mi garganta fue el motivo por el que quería juntar toda esa plata en monedas en primer lugar.

-Vamos a prestarle toda la plata al director de la cárcel.

-¿Cómo? -decían.

-Eso es una locura.

-Pero no nos la va a devolver nunca.

-¿Nadie me presta atención cuando hablo, no? -intervine.

-Para ser justas -dijo Nirvana-. la mayoría no habla tu idioma. Tengo que andar traduciendo todo.

-Mhm, voy a ver si ya aprendí chino para explicarme directamente...a ver... chin chon chan chun chan.

Seguramente dije accidentalmente algo feo sobre sus madres, porque aquello pareció ofenderlas bastante. Afortunadamente para mí y para nadie más, justo en ese momento nuestro bastión fue atacado por la banda de Maggie, y no hubo tiempo de lincharme porque estaban muy ocupadas perdiendo. Mientras me escabullía por mi vida me pregunté por qué todas las cosas que un economista trataba de hacer en cualquier lado resultaban en violencia, sobre todo cuando tratábamos de cuantificar lo incuantificable. A mi me gustaba la violencia cuando era yo quien la ejercía, pero lo cierto es que la nuestra nació como una ciencia moral. Pensada para hacer de este un mundo mejor y más justo. Al meterme de vuelta en los túneles, me pregunté por que nunca lo habíamos logrado, y como más bien dejamos de ser morales y de ser ciencia. A veces pienso que soy muy inteligente, pero en realidad sé que no soy tan muy inteligente. Por eso cuando salí del túnel al patio y vi la luz del sol por primera vez en mucho tiempo le hice la misma pregunta a una de las viejas sabias que jugaban al ajedrez.

-Porque son todos unos garcas -dijo la vieja.

-Ah sí, Leónidas Acuña era muy garca

-No lo decía por él, lo decía por vos.

-¿Moi? -sabía que tenía razón. ¿Pero como sabía? Ni siquiera me conocía. Ni que fuese mi abuela. Para distraerla le dije que si movía el peón a r4 hacía mate. Me hizo caso con una mueca sarcástica que no me gustó y perdió al próximo movimiento. Me miró alzando las cejas, como si lo que acabara de pasar fuese evidencia de algo.

-Mala suerte -le dije.

-No hay suerte en el ajedrez -replicó-. Ni en ninguna parte.

Ahí ya estaba diciendo boludeces, así que en lugar de reflexionar sobre lo que me había dicho decidí ignorarla como ignoro a toda la gente que dice cosas que no me gustan. Las

ignoro una vez que ejecuto mi venganza, claro, y la empujé de la silla. Me fui corriendo a mi celda, que a esta altura no recordaba muy bien donde estaba. Le pregunté a un guardia si sabía.

-No, pero me puedo fijar en la aplicación. Igual te advierto, si te escapaste para resolver un asunto pendiente y recién ahora estás volviendo o si pasaste mucho tiempo escondida en alguna parte trabajando para algo muy turbio, no me digás. Me haría quedar muy mal a mí como guardia.

-Bueno -le dije, y me llevó a mi celda.

Ah, mi celda. Hacía tanto que no entraba acá que habrán supuesto que me escapaba, porque había una presa nueva sentada en mi catedral. Y como setenta más hacinadas al lado. Les iba a decir que se vayan si no querían que las hiciera cagar hasta que me di cuenta que la que estaba sentada en la cama se trataba de Samsara, la otra mano derecha de la china Buda. Tenía dos manos derechas, y muchos problemas para aplaudir. Samsara también iba a tener problemas para aplaudir a partir de ahora, porque tenía un brazo roto, así como también varios cortes y magulladuras en la cara y el cuerpo. Eso no tenía mucho que ver con aplaudir, pero me daba un poco de impresión.

-Hola -me dijo, en perfecto castellano. Era la primera vez que me hablaba a mí, y la primera vez que escuchaba hablar castellano a casi cualquier china que no fuese Nirvana.

-¿Qué hacés sentada en mi cama? -le pregunté, y al instante me di cuenta que era grosero no devolverle el saludo-. Hola.

-Pude escapar de la masacre -me dijo-. Nadie más pudo.

-Qué bajón -dije-. ¿Y qué hacés acá?

Me miró a los ojos.

-Estar cara a cara con la muerte me hizo dar cuenta de las cosas que realmente importan en la vida. Yo...

-¡Rescataste la bolsa con la plata! -exclamé. Recién entonces la notaba, apoyada al pie de la catedral, siendo codiciada por las otras presas. Haber tardado tanto en ver la bolsa de plata me pareció muy extraño, dado que lo primero que busco cuando entro a cualquier habitación es si hay o no plata en algún lado. Corrí emocionada a abrazarla y Samsara se tensó toda y se sonrojó, quizás porque pensó que la iba a abrazar a ella y no a la bolsa.

-¿Estás bien? -le pregunté-. Digo, aparte de las heridas y el hecho de que todas tus amigas y parientes acaban de morir de forma horrible.

-Lo que quería decir, lo que tanto horror me hizo darme cuenta que es importante es...

Nunca me animé a hablarte, aún cuando cada vez más... Por eso fingí que no sabía hablar castellano, las demás me decían... No sabía si vos...

Siguió así un rato, sin terminar ninguna idea. Ahora, aparte de los ojos, me miraba los labios. Cuando me dijo "sempai" creí entender lo que estaba pasando: como muchas mujeres, había aprendido sobre sexualidad viendo anime, y estaba confundida. Porque ahí había aprendido que las lesbianas eran una raza de criaturas mágicas como los unicornios, pero con pelo verde y ojos grandotes. Yo no tenía exactamente el pelo verde, pero ¿Cómo explicárselo a alguien tan corrompida por el anime? Las otras setenta presas de la celda nos miraban expectantes, algunas comiendo pochoclo.

-Mi sexualidad es muy complicada -le dije-. En realidad no me gusta nadie de quien no pueda obtener algún beneficio concreto. Como esa bolsa de plata.

-¿Sólo te interesa la bolsa de plata?

Uh, la puta madre.

-No, no, siempre estuve secretamente enamorada de vos yo también.. Vení, dame un beso. La multitud aclamó con fervor. Samsara me detuvo.

-No pará, así no.

-¿Y entonces cómo?

-Tenés que ayudarme a vengar a mi familia. Por eso rescaté la bolsa con plata. No sé cuál era tu plan, pero quiero llevarlo a término. Por mi familia.

Ah, ahora que no estás más caliente te acordás de ellas, pensé, pero no se lo dije. No me animaba. Me fui de la emboscada subterránea antes de ver cómo peleaba, si sabía kung fu o alguna de esas cosas. Había zafado de alguna forma. Tenía que seguirle el juego hasta que entrara en confianza, se distrajera, y yo pudiera robarme la bolsa con plata. Le dije todo que sí. La multitud aclamó de vuelta.

-Solas es una mala idea -le advertí-. ¿Cuál es la tercera banda de la cárcel? Tenemos que aliarnos con ellas.

-Esas vendrían a ser las judías.

Eso me ponía en un dilema moral. ¿Podía mi amor por el dinero superar mi antisemitismo? Sí, mi antisemitismo no era tan grande. El antisemitismo normal que tiene todo el mundo, ¿No? La que estaba mal era mi vieja. Esa era Nazi prácticamente. Fuimos a buscar a las judías, y las encontramos comentando el Talmud en la Sinagoga de la cárcel. La jefa se llamaba Raquel.

-¿Vos sos la Raquel de la canción, la que la invitaban a irse con los muchachos?

-Sí.

-¿Te fuiste con los muchachos al final?

-No, no, en vez de eso me fui a asaltar un camión con acoplado. Pero uno de los muchachos me traicionó a la policía y acá estoy desde entonces. Contame, ¿Qué es esa bolsa con plata que tenés ahí?

Le expliqué que era el último legado de la dinastía For You, que traería la ruina de sus enemigas.

-El último legado hasta que adoptemos -dijo Samsara, agarrándome de la mano. Parece que éramos una pareja ahora. Interesante. Supongo que estaba bien tener un hijo o una hija que pudiera vengar mi muerte una vez que inevitablemente algún enemigo me agarre. Y estar "enamorada" me daba una excusa para tomar malas decisiones intelectuales. En fin, les expliqué a las judías que la plata era para hacerle un préstamo al director de la cárcel. Me dijeron que estaba loca, como me decía la gente cada vez más seguido. Lo que había que hacer para ellas era comprar oro, distribuirlo entre la banda y no dejar que nadie de afuera lo toque.

-Miren que no hace falta que nos devuelva la plata -les expliqué-. De hecho, no queremos que nos devuelva la plata. Lo que queremos es que a cambio de este préstamo el gobernador nos deje emitir notas de crédito a nosotras para el comedor. Él se va a sentir muy vivo no pagando su deuda nunca y nosotras vamos a ser vivas de verdad dominando la economía de la cárcel.

Y así fue como logré dar el primer paso para expandir la rama disidente de la escuela de Lisboa hacia el mainstream de la economía, cuando las convencí con salvajes promesas de riqueza y poder. Volví al nombre que le había dado Leónidas Acuña antes de su conversión al marxismo ya que lo de "Escuela Succi" no pegó nunca. Tampoco Succismo. Sonaba como un sushi italiano trucho. No era un nombre cheto como Perón o Marx del que se pudiera hacer un "ismo".

Luego, y aprovechando el breve respiro que teníamos mientras la banda de Maggie se reagrupaba luego de su sangrienta trifulca con las chinas, Samsara, las judías y yo fuimos a ofrecerle el préstamo al director de la cárcel. Descubrimos que era muy codicioso, y estaba muy contento de recibir cosas gratis. No entendió muy bien que queríamos hacer, pero estaba ciego por el dinero. Signos de pesos en los ojos y todo. Nos firmó todo lo que había que firmar, nos prestó la impresora de su oficina para hacer las notas, y mientras se frotaba con monedas y pensaba en todo lo que iba a comprar nosotras imprimimos los primeros Heroin Dollars de la historia, redimibles en el comedor de la cárcel. Eso sí, tuvimos que acordar una alocación mensual por presa con la secretaria del director de la cárcel, que era la única con suficiente cerebro para empezar a dudar de que las intenciones de una banda de delincuentes convictas pudieran ser del todo honestas. Lo que hicimos fue ajustar los precios de la comida para que técnicamente se cumpliera el requisito calórico solo con la alocación, pero que eso que lo cumpliera era basura intragable. Unas bolas de grasa con jarabe encima que yo conocía muy bien, con menos valor nutricional que una rueda de auto o un bidón de nafta. Si alguna reclusa quería comida de verdad, tenía que conseguir Heroin Dollars, y la única manera de conseguirlos era hacernos un favor a nosotras. Lo cual en realidad no les costaba demasiado, ya que el hecho de tener que estar encerradas todo el día no les dejaba mucho que hacer salvo hacernos favores a nosotras para conseguir Heroin Dollars. La parte de "Heroin" era porque esa era la moneda de facto de la cárcel antes. Aún cuando fuera casi todo crédito abstracto, se medía en heroína. Y "Dollars" era para alimentarnos de la creencia popular que solo los dólares son los que valen, lo cual parece que lo vuelve cierto.



## Capítulo quinto

Y favor a favor, arma traficada a arma traficada, crédito a crédito para con las que no tenían muchos favores interesantes que hacernos, fue creciendo la influencia de la Banda Moisha, que era como nos llamábamos ahora, a pesar de las protestas de Raquel. Las únicas que se oponían a la proliferación de los Heroin Dollars y a nuestros créditos usurarios fueron por supuesto Las Mangudais. Afortunadamente para mí eran zurdas, y como decía Adam Smith "las zurdas no entienden nada". En femenino en el original, para ofenderlas más todavía por machista. Ellas creían que nuestro poder venía de nuestro control sobre el comedor, e instaban a la gente a robar comida, aún a costa de incurrir la furia de las autoridades. Y mierda si había furia de las autoridades. Es que el director de la cárcel había tenido que justificar la emisión de notas intracarcelarias ante sus oscuras autoridades y ahora toda su carrera dependía de que funcionen en lo que sea que les hubiese mentido que estaban logrando por el bien público. Entonces le soltaba la correa a los guardias contra nuestras enemigas, y ellos desataban toda su furia. No les gustaba usar esas correas en primer lugar, los hacía sentir que no los apreciaban, y les venía bien desquitarse. Y a mi me venía bien también, porque mantenía a las Mangudai lejos de mí.

Lo que ellas ignoraban es que hacía mucho que el comedor nos chupaba un huevo. La mayoría de las notas de crédito no se terminaban redimiendo nunca. Había intercambio entre presas, que se compraban cosas mucho mejores entre ellas, y eso se mezclaba con el viejo mercado basado en heroína. Muy para el desagrado Maggie y mi hermana, que se veían obligadas a aceptar billetes con mi cara para pagar las deudas que inevitablemente contraían. Y para cuando ellas dos juntaron suficientes fuerzas para desafiarme, mi blindaje financiero era tal que no pudieron pasar a mi secretaria, porque era un inmenso golem virtualmente indestructible. Les dijo que yo estaba de viaje y tenían que hacer una cita para poder enfrentarse a mí. Hicieron la cita y cuando vinieron una semana después todas enojadas con palos de hockey, mis alquimistas hebreas ya habían animado suficientes golems para capturarlas sin ningún problema. Entonces las mandé a fusilar, aunque sabía que se iban a escapar de alguna manera y que inevitablemente tendríamos un enfrentamiento final en algún momento, pero por ahora no me importaba. Estaba nadando en plata, como si fuera una pata. Nada podía salir mal, ni siquiera la rebelión de los golems que fue muy rápidamente sofocada mediante sacrificios humanos de deudoras que no vienen al caso.

Lo curioso era que la movida no se terminaba adentro del muro de golems muertos. Gente afuera de la cárcel se interesaba en conseguir Heroin Dollars anticipando una futura condena o la de algún familiar. Incluso el Intendente empezó a mostrarse muy interesado en nuestros Heroin Dollars, ya que si bien tenía en marcha toda una serie de mecanismos legales turbios para no caer preso nunca, como cambiar todo el tiempo de un género a otro, o de un partido a otro, no le venía mal un plan de contingencia. También era foco de especulación financiera, como si algo que hiciera un economista en cualquier parte no lo fuera. La moneda oficial del país era cualquier cosa menos confiable, así que los Heroin Dollars empezaron a imponerse por sobre el peso argentino en el día a día.

Pesos argentinos era lo que le habíamos dado al director de la cárcel, y él ahora estaba comprensiblemente enojado con que pasaron a valer todavía menos que antes.

Específicamente cero. Entonces vino a quejarse a mi celda un día que estaba firmando

unos contratos con la Municipalidad y le contesté que no se preocupe. Que habíamos comprado la cárcel y estaba despedido.

-¿Cómo que no me preocupe? ¡Eso es mucho peor!

-Claro, ahí tiene. Preocúpese por eso.

-No pueden hacerme esto. Voy a hablar con el Intendente.

-La Intendente -le corrigió Samsara, mostrándole los músculos.

-Perdón. La Intendente.

-¿Quién cree que nos dio estos contratos?

-¿Y que se supone voy a hacer ahora? -preguntó, una vez que se supo abatido por los contratos.

-Si quiere puede ser mi golem.

-¿Golem?

-Secretario. Perdón, se me pega el hebreo.

El ex-director de la cárcel ponderó sus opciones y finalmente accedió. Me preguntó qué tenía que hacer.

-Vestirse muy provocativo y decirme todo que sí.

-Puedo hacer eso.

Resultó ser muy buen secretario, mucho mejor tanto que los golems como que Curcio del Estero Von Habsburg, a quien no paraba de recharzarle pedidos de crédito que venían de su provincia. Mucho mejor cuerpo. Hasta las secretarias que vivían en mi interior me pedían cada tanto que abriera la boca para poder verlo contestando el teléfono y golpeando enemigos. El problema era que Samsara se estaba poniendo celosa de que andaba con un tipo semi desnudo por todos lados. Y con tantas mujeres adentro. Entonces puso en marcha su plan de adopción para ver si criar un hijo en común afianzaba nuestra relación resentida. A mí la monogamia no me convencía mucho. Sólo hay cierta cantidad de riqueza que se le puede drenar a una pareja antes de tener que ir a buscar otra. Pero Samsara estaba enamorada, no sé de qué, y siguió adelante, ayudada por la mutual judía que se estaba enriqueciendo con nosotras. Había tantos nazis por todos lados que algún huérfano judío tenía que haber, ¿No? Casi. Lo que no les convencía mucho que fuéramos dos mujeres las que adoptaban, así que pretendimos que éramos dos hombres y entonces no hubo ningún problema. No sé porque más mujeres no hacen eso.

Un día llegué a mi celda después de un duro día de especulación financiera y préstamos usurarios, sin más ganas que de tomarme un whisky y quejarme de Tinelli sin dejar de mirarlo, y me encontré con Samsara jugando con mi viejo sidekick Robin a la pelota.

-¡Robin! -exclamé-. ¿Qué estás haciendo acá?

-Es nuestro nuevo hijo -dijo Samsara-. Llegó hoy. ¿Ya lo conocías?

-Claro que lo conozco -dije-. Era mi sidekick y después me abandonó para volverse mundialmente famoso jugando para River y después el PSG y el Ajax. ¿Qué hacés acá?

-Ya me estoy por jubilar, entonces mi sueño es volver a ser puntero de River.

Luego descubrí que el presidente de River ahora quería quedar bien con la comunidad y entonces le venía bien que como Robin era huérfano, fuera adoptada por una pareja de lesbianas. Que incidentalmente teníamos mucha plata que ellos esperaban que eventualmente termine en el club. Pero aún sin saber eso, en aquel momento estaba furiosa.

-No Samsara, no quiero a este pibe de vuelta ni en pedo. Si por lo menos fuese la ratita, Robin 2. ¡Ay, Robin 2! ¿Dónde te habrás metido?

-No la escuches nene -dijo Samsara tapándole las orejas-. No sos como una rata.

-¿Qué plata? -dijo Robin.

-Ah, ¡Quiere plata ahora! -me quejé.

-¿Qué te pasa a vos tratando a un chico así?

-¡Soy una persona horrible! ¿Cómo no te diste cuenta hasta ahora? Tengo hasta el título de economista de otra persona colgado en la pared de mi celda.

-Pensé que ibas a cambiar. Que el corazón se te iba a ablandar con una criatura necesitada.

-No me da lástima este pendejo. ¡Si es millonario!

-¿Quién es un templario? -preguntó Robin.

-¿Qué flashea este pibe? -pregunté. Samsara no me dio bola. Estaba muy ocupada tapándole las orejas al pibe y enojándose cada vez más conmigo.

-Nosotras también somos millonarias -dijo-. Es nuestro deber ayudar a la gente en lo que podamos.

-¡No! -exclamé-. ¿Qué? ¿Quién te dijo eso? ¿Qué millonarios hacen eso?

-Mirá este panfleto.

Robin se rio y yo también, porque "panfleto" sonaba como una grosería de algún tipo. Deje de reir cuando una furiosa Samsara me dio el panfleto en cuestión y contemplé con horror la cara de Leónidas Acuña, más feo que nunca con una gran barba marxista y un habano. El mismo panfleto caía por todas partes en la cárcel, desde un Zeppelin rojo con la hoz y el martillo. Al otro día, todo mi imperio colapsó.

## Capítulo sexto

Si antes dije que las desigualdades marginales causan revoluciones, las deudas impagables causan quinientas veces más revoluciones. El efecto secundario de hacerme rica promoviendo la deuda en todas partes era que todo el mundo le debía algo a alguien, muchas veces mucho a mucha gente, y en general no les gustaba eso. Solo la gente que tenía mucha plata como yo estaba cómoda y feliz con una pila de deuda. De hecho, yo debía ser la que más debía. Le debía plata a Raquel, la jefa de la banda de las judías. A Samsara, por la manutención de Robin y el alquiler de su nueva celda de lujo que no tenía setenta personas más como la mía. Varios meses de sueldo al ex-director de la cárcel, y varios meses de coima a los guardias por ignorar todas las cosas ilegales que estaba haciendo. Y su sueldo a ellos también, porque la cárcel había sido privatizada a mi nombre. También le debía plata a mi propia cocina, ya que sacaba cosas a crédito cuando no tenía ganas de cocinar, que era todos los días. Pero como siempre hablaba con mucha seguridad y nominalmente tenía mucha plata, parecía muy confiable. Le hacía a la gente un favor aceptando que me prestan plata, me decía. Yo después se la prestaba a otro y cobraba intereses mayores a los que tenía que pagar yo, y sacaba una ganancia. Y con esa ganancia en teoría podía pagar los intereses de mis propias deudas, pero en la práctica simplemente le prestaba a más gente. Casi todos los libros de economía decían que las deudas eran buenas, que hacen a las empresas más rápidas y crecer a la economía. ¿Y quién era más rápida que yo corriendo de mis deudores? ¿Y quién crecía más que mi economía? Leónidas Acuña, cuando venía corriendo a derribar la muralla de la cárcel, ya que medía quince metros y sus piernas eran buena parte de esa altura. El resto era su barba marxista, de la que iban colgadas mi hermana y Maggie y el resto de las Mangudais, y al verlas entendí todo. De momento no tenía nadie a mano a quien explicárselo (lo cual era bastante frustrante) ya que para entonces en el patio se había desatado una batalla campal hacía rato, entre mi Banda Moishe, toda la gente que les debía plata, y las bolcheviques. Lo que hice fue envolverme por precaución en un corset de joyas. Había escuchado que la mejor manera de salir con vida de un ataque revolucionario bolchevique era envolverte en un corset de joyas que desvíe las balas, fingir que te morís, y después tratar de convencer a la gente que sos la hija perdida de la realeza. Es lo que hizo una de las pibas del Palacio de Invierno, según supe, y casi terminó en el trono de Rusia. No ví cómo terminó la película porque fue justo cuando me cortaron la luz antes del asedio, pero seguro terminó todo bien. Capaz que hasta se casó con Putin.

Para mí también terminó todo bien, aunque hubo muchos momentos emocionantes en los que pensé que me moría. Mientras me ponía el corset enjoyado, por ejemplo, que es más difícil de lo que parece. También cuando me pasó un rollo de papel higiénico prendido fuego a un metro de la cabeza, y cuando entre el humo y los gritos de guerra en hebreo apareció mi secretario, el ex-director de la cárcel, con un revólver. Para mi sorpresa no me pegó el tiro que me merecía, sino que me dijo que ahora que había probado la violencia directamente, el honor era lo único que le importaba.

-Y como juré servirte una vez, para siempre te serviré con mi vida -dijo. Había determinación en sus ojos, como en los míos cuando veo plata. No tenía ni tiempo ni ganas de tratar de entender ese código moral, ya que apenas si entendía el mío, que en teoría era bastante

simple. Y basándome en ese código le dije gracias, y me fui corriendo. Él volvió a la trifulca. Nunca habría olvidado su nombre si alguna vez lo hubiese aprendido.

Ahora estaba directamente en el humo, sin saber si cada escalera o pasillo me dejaba más o menos cerca de la libertad o de la muerte o en una mansión con muchos sirvientes semidesnudos. En un principio, me dejó en esa celda gigante de dos pisos con aire acondicionado que ocupaba mi ex a costa mía. A costa de la gente que me prestaba plata, en realidad. Lo curioso era que a diferencia de lo que venía pasando últimamente, Samsara parecía contentísima de verme

-¡Federica, viniste por nosotros! -exclamó, abrazando al pibito, que a su vez abrazaba la pelota.

-Sí -le dije-. casémonos. Te amo.

-¿Viste Robin? Te dije que en una crisis la gente vuelve con la gente que ama de verdad.

-Lo único que amo es a River -dijo Robin.

Iba a decirle lo estúpido que me parecían él y River cuando un enorme brazo postizo de economista atravesó la pared y me agarró, salvándome no por última vez en el día.

Leónidas Acuña me depositó en el suelo, y frente a mí estaban todas las Mangudais victoriosas, portando armas y apuntándome con las mismas. Me tenían en su poder, y no iban a dejar pasar la oportunidad de regodearse de mi momento de evidente derrota y vulnerabilidad. Me explicaron todo lo que ya sabía, porque si quisiera cagarlas otra vez hubiese hecho lo mismo. Que habían rescatado a Leónidas Acuña de la prisión de Guantánamo y él les había enseñado la verdad del marxismo, que mi cerebro neoliberal no la iba a comprender nunca, que lo había ayudado a juntar los pedazos de la Piedra de la Inflación para tener el poder suficiente para derrocar a mí y blablabla. Luego se prepararon para darme el golpe de gracia.

-Bueno, hermana mía, parece que este es el fin de tu carrera de hijadeputez -dijo mi hermana.

-Ahora pagarás el costo de tu traición a tu clase y a todas las que confiaron en vos -dijo Maggie.

Contrario a lo que suele suceder cuando las malas revelan sus planes (desde mi punto de vista ellas eran las malas porque siempre me llevaban la contra) y la heroína (yo) usa ese precioso tiempo para ejecutar un brillante plan de escape, mi brillante plan de escape consistente en patearles las canillas y salir corriendo fracasó cuando le pegué tantas patadas en las canillas a mi hermana durante nuestra infancia que ya era inmune. Pero ellas también fracasaron. De hecho, habrían fracasado aún si no hubieran perdido tiempo explicándome sus planes. Leónidas Acuña las hubiera aplastado de todas formas. Lo que necesitaba de ellas ya estaba hecho, y ahora podía dejar la farsa del marxismo y volver a la verdadera senda de la rama disidente de la escuela de Lisboa. Y una vez que lo hizo y aplastó a las Mangudai, me levantó con mucho cuidado con dos dedos y me puso a la altura de su cara para que pudiera hablar con él.

-¿Por qué me salvaste? -le pregunté-. Creía que no podías pensar en nadie que no fuera vos mismo.

-Es cierto -dijo Leónidas Acuña-. Solamente puedo pensar en mi propio beneficio, pero como bien digo en mis Power Points...

-¡Y dale con los Power Points!

-¡Son la mejor manera de transmitir información!

Su grito de gigante me dejó sorda varios minutos. Tenía razón, si uno medía quince metros era un problema transmitir información hablando. Entonces mientras Leónidas Acuña hacía el Power Point en su computadora portátil gigante, yo me fui a resolver el tema de Samsara, que la había dejado medio colgada. En su celda en ruinas solamente quedaba Robin, haciendo jueguito como si nada. Primero pensé en no hablarle, ya que si lo hacía seguramente me iba a decir alguna gilada de River. Luego noté algo extraño.

-Hoy es domingo. ¿No debería estar jugando River ahora?

-¡Uy! -exclamó Robin, y salió corriendo con la pelota. Sin la pelota no iban a poder jugar, claro. Recordé a Robin 2, mi ratita, y me pregunté si había sobrevivido a todo el quilombo y dónde estaría. Como evidentemente nadie me iba a contestar salí de la celda y al rato encontré a Samsara entre las ruinas del patio de la cárcel, haciéndole primeros auxilios a Raquel, la jefa de la banda judía. Había muchas otras mujeres tiradas por ahí. Muchas habían muerto con sonrisas en el rostro, ya que si estaban muertas no tenían que pagar más deudas. Yo tenía una sonrisa neutra, pensando que tampoco tenía que pagarles si estaban muertas pero tampoco podía cobrarles intereses. Me acerqué a mi ex, ocupada con su maniobra de resucitación.

-Samsara, quiero hablar con vos -le dije.

-¡Federica! Ayúdame con Raquel. Necesito gasa y agua oxigenada para--

-Es importante lo que te quiero decir, Samsara.

-¿Qué? ¿Quién es Samsara?

-¿Me confundí de china? Todas las chinas eran muy parecidas, bien podía ser otra. La china me estaba mirando disgustada. Cada vez más disgustada, como si mediante alguna clase de poder oriental místico pudiera escuchar todo lo que pienso. Ah no, esto lo estoy diciendo. Voy a volver a pensar.

Entonces me acordé que Samsara no era su verdadero nombre, si no uno que había inventado en el momento que las chinas de la dinastía For You me habían adoptado en su clan, condenándose en el proceso. Es que cuando una mente tanto como yo se termina olvidando que inventó y que no. Esa es la contra que tienen las mentiras, tan maravillosas como son vistas desde cualquier otro ángulo.

-¿Nunca supiste cómo me llamo?

-No sé como se llama la mayoría de la gente con la que interactúo.

-¡Estuvimos casadas!

-Se te muere la paciente, Sam...china.

-¡Federica! -gritó Leónidas Acuña, derribando la última torre que quedaba en pie -¡Ya está el Power Point!

-Bueno -le dije a Samsara-. lo que te quería decir es que...uhm...me voy a comprar cigarrillos. Ahora vuelvo.

-Acabo de escuchar el grito de ese tipo. Te vas a hacer algo de economía.

-No, pasa que Power Point es la marca de los cigarrillos que quiere que le compre.

Me mandó a cagar una vez más, como si no me hubiese creído que podía llegar a hacer algo por otra persona, y volvió a hacer su trabajo de enfermera. Digo enfermera porque era mujer, si no diría "laburo de médico". Listo, patriarcado destruido. Antes hubiésemos dicho que Samsara era directamente una bruja.

## Capítulo séptimo

-Y como se ve en esta diapositiva -explicó Leónidas Acuña- la suma de los propios beneficios es igual a beneficios para todos. Indiscutible. Por lo tanto, la mejor manera de salvar el mundo es ser sumamente egoísta.

-Excepto cuando no es así.

-Claro, cuando no hay ningún hijo de puta involucrado -aclaró.

-Pero entre hijos de puta nos entendemos.

-Sí, por eso al buscarte por mi propio beneficio, vos te beneficiaste de que te salvara de la muerte y las deudas.

-Todavía no entiendo cual es TU beneficio. ¿Seguirme viendo porque soy muy linda?

-No, te necesito porque sos la única que es tan hija de puta como yo. No hay nadie más.

-¿Necesitas alguien que te cague? Soy muy buena en eso.

-Necesito que compartas la Piedra de la Inflación conmigo. Mitad y mitad, quince metros y quince metros. Si me quedo con toda la piedra yo sólo, va a pasar eso de que voy a terminar siendo más pesado que el planeta.

-Ah, no queremos eso.

-Y no.

-Bueno, dale.

Y midiendo los dos quince metros de manera estable, no nos quedaba más que destruir este mundo corrupto y construir otro basado en los principios de la rama disidente de la escuela de Lisboa. Pero como suele suceder en economía, la teoría no tuvo nada que ver con la práctica. No llegamos a romper más que dos o tres edificios antes de ser arrestados por policías que también medían quince metros. Luego descubrimos que ahora todo el aparato judicial del Estado medía quince metros. Nos llevaron a una corte gigante en la que un juez gigante nos dijo que estábamos en gigantescos problemas. Le creímos.

En la comisaría le preguntamos a un preso de tamaño normal porque ahora todos los empleados del estado medían quince metros. El enanito nos explicó que los economistas al servicio del gobierno habían encontrado la forma de producir inflación sin necesidad de ninguna piedra embrujada de origen incierto. Parece que lo hicieron mediante un modelo matemático defectuoso basado en proposiciones absurdas.

-¡Nos robaron la idea! -aulló Leónidas Acuña. Yo tampoco lo podía creer. Había economistas que eran peores que nosotros. De hecho, la única diferencia entre lo que estaba haciendo el oficialismo y nosotros era que este modelo en realidad tenía por objetivo solucionar todos los quilombos que habían causado mis Heroin Dollars. Lo bueno era que el aullido de Leónidas Acuña había derribado los muros de la comisaría. Lo malo es que los derribó encima de nosotros, y no podíamos escapar del juicio que se nos venía encima.

Siempre que hay algo bueno tiene que haber algo malo, nunca puede ser solamente bueno en mi vida. Sabíamos que no íbamos a sobrevivir en la cárcel de quince metros como habíamos sobrevivido y hasta florecido en las demás, y entonces Leónidas Acuña jugó la última carta en el arsenal de todo economista: apelar a sus contactos en Harvard. Pegó un chiflido y los abogados de Harvard vinieron corriendo. Resulta que si sos un economista argentino, ni hace falta que seas bueno para llegar a Harvard. No sé por qué nos quieren tanto, quizás porque hacemos política pública todo lo que ellos dicen que hay que hacer y tenemos excusas excelentes cuando arruina el país a la mierda. Y esa excusa excelente

suele ser el economista anterior que hizo lo que ellos decían que había que hacer, y todo así. El juez nos dijo que según el derecho romano, esa clase de excusas no valían si todo lo ocurrido había sido evidentemente nuestra culpa. Los abogados de Harvard replicaron que ellos eran abogados de Harvard, y el derecho romano se lo pasaban por los huevos. El juez dijo que los romanos también inventaron los huevos, y que iban a necesitar una mejor excusa que decir que son de Harvard. Acto seguido, uno de los abogados de Harvard se puso a dar un discurso sobre la condición humana y el deber del hombre, y mientras hacía tiempo, otro de los abogados fue a lo que quedaba de la cárcel a ver si podía encontrar alguna evidencia de último momento que nos salvara. Cuando su compañero citó a las secretarías que vivían en mi interior por cuarta vez, y el juez empezaba a sospechar que estaba tratando de ganar tiempo, el otro apareció con mi ratita, Robin 2. A pesar de lo sucia que estaba, se veía muy adorable con su pancita hinchada y los ojitos somnolientos. Me daban ganas de abrazarla durante muchas horas.

-Mister Judge -dijo el abogado de Harvard-. We request this case to be dismissed for lack of evidence.

Le pedí a Leónidas Acuña que me tradujera, ya que el que hablaba en inglés era él. Me dijo que estábamos salvados.

-¿Cómo que falta de evidencia?

Parece que la ratita se había comido todos los registros de deuda, así como también la cárcel y toda la gente muerta. Por eso estaba tan hinchadita y adorable. Pero lo que no se había comido fue a Robin 1, que entró en ese mismo momento al juzgado junto con su madre adoptiva, Samsara.

-La fiscalía llama a declarar a Carolina Wang -dijo el fiscal o el alguacil, no se muy bien quién es el que llama a declarar a los testigos. Me había distraído con el celular.

-¿Quién carajo es Carolina Wang? -pregunté, y al levantar la cabeza la vi-. Ah, Samsara. ¿Cómo te va?

Me hizo fuck you desde el estrado, lo cual era mucho más amable que el tiro que me había querido pegar mi hermana, que en paz descanse. En pie, porque la pisó Leónidas Acuña. Jaja. ¿No debería haber dicho eso en voz alta, no?

-No -corroboró el abogado de Harvard- te hace parecer más culpable de lo que sos.

-Esto de narrar se va volviendo más difícil cada vez.

-Dejá de narrar -dijo Leónidas Acuña.

-Ya termino -le contesté.

-Juez -dijo Samsara-. como hincha de River y madre de una de sus mayores estrellas actuales creo que no--

-¡Aguante el millo, carajo! -exclamó el juez, y pegó un terrible golpe con el martillo que no sonó nada favorable para mí. Resulta que mucho peor que tener jueces que actúen por motivos políticos, es tener jueces hinchas de clubes de fútbol. Son mucho más poderosos. Los abogados de Harvard trataron de objetar, pero era demasiado tarde. El juez ya había empezado a cantar canciones gallinas, y aproximadamente el 35% de los miembros del jurado cantaban con él. El 51% protestaba, pero no con nosotros. Protestaban porque las canciones que se cantaban fueran gallinas, y ellos que eran de Boca cantaron sus propias canciones. El juicio muy pronto degeneró primero en una cacofonía de canciones de cancha, luego en una batalla campal y finalmente en una guerra civil que se cobró casi un millón de muertos. Buenos Aires se inclinó por Boca, y Córdoba para llevarle la contra se pintó de rojo y blanco. Antes de formarse las alianzas y llamarse a cobrar todas las deudas



de sangre que los clubes se debían desde hace un siglo, Messi apareció y trató de llamar a un partido por la paz, con estrellas de todos los bandos que jugarían un amistoso. El problema era que solo algunos jugadores que habían estado en la selección medían quince metros y los otros no, entonces iba a ser injusto. Messi mismo no sabía si prefería medir quince metros o seguir siendo "la pulga", y no tomar partido resultó ser peor que tomar partido por un bando que podría llegar a ser el incorrecto, ya que la violencia estalló de nuevo. Leónidas Acuña volvió a la radio a hablar de los motivos económicos detrás de la guerra civil. Su conclusión era que en toda rivalidad de clubes había atrás una cuestión económica, que tenía que ver con la envidia, y le dieron el título de periodista deportivo. A él le gustó mucho más ser periodista deportivo que economista, aunque la verdad admitía que eran dos profesiones bastante parecidas, en el sentido de que los resultados de las predicciones no modifican la teoría. La diferencia era que ahora tenía que hacer menos cuentas y mirar más fútbol, que fue lo primero que volvió a funcionar después de la guerra civil.

Pero mientras se producía la matanza, los abogados de Harvard, Samsara, Robin 2 y yo seguíamos en el juzgado esperando la resolución del caso. Eventualmente apareció una señora del personal de limpieza y le preguntamos si sabía dónde estaba el Juez. Nos dijo que había visto en Crónica como se inmolaba contra lo que creía era cancha de Boca, pero en realidad era el edificio de la compañía de gas.

-Muchas tripas gigantes inmoladas en el aire -dijo.

-¿Eso quiere decir que ganamos o que perdimos el juicio?

-I don't know -dijo el abogado de Harvard-. This has never happened to us before. Are you sure your country has a legal system?

-No me importa lo que diga el juicio -dijo Samsara-. Vos me vas a pagar la pensión alimenticia o te voy a pegar un tiro con el revólver de tu hermana.

-Ey, ese era mi revólver -protesté.

-Ya no.

## Epílogo

Ahora que Leónidas Acuña se había vuelto periodista deportivo, me ofrecieron a mí la cátedra de Harvard que le iban a dar a él. Les seguía viniendo bien un economista argentino, parece. Ahora, los principios neoclásicos que defiende Harvard con uñas, dientes y billetes eran todo lo contrario a los que había creído al formar parte de la rama disidente de la escuela de Lisboa. Sin embargo, me pagan muy bien y me proveían de una legión de abogados y guardias de seguridad que para que no tuviera que pagar pensión alimentaria. Eso era muy conveniente, ya que tenía más plata para gastar comprándole quesos caros a Robin 2, mi ayudante de cátedra y nueva mejor amiga. Tampoco había riesgo de que yo corrompiera a la juventud pudiente norteamericana, ya que pasaba más tiempo rellenando formularios y asistiendo a reuniones de personal que dando clase. Y los alumnos pasaban más tiempo de joda y cometiendo abusos sexuales, de todas formas. No sé muy bien qué aprendí. Se me ocurre que sería apropiado robar un final de alguien que sea mejor que yo, al igual que robé todo lo demás.

*\*se aclara la garganta\**

Hoy ha muerto mamá. O quizá ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo, lo cual era curioso ya que no recordaba haberla puesto en un asilo ni que todavía haya líneas telegráficas operativas: «Falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias.» Pero no quiere decir nada. Quizá haya sido ayer. No voy a ir de todas formas. Para no perder días de clases, Harvard está muy lejos de cualquier asilo. Y para que todo sea consumado, para que me sienta menos sola, me quedaba esperar que cuando vaya a dar clase haya muchos alumnos, y que me reciban con gritos de odio.



